

LIMA TOMADA

Vida cotidiana durante
la guerra contra Chile 1879-1883

Emilio Rosario



Emilio Rosario (Lima, 1981)

Historiador y magíster por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y abogado por la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Director del Departamento de Humanidades de la Universidad Privada del Norte. Docente universitario en pre y posgrado (UTP-UNMSM).

Candidato a doctor por una tesis sobre la construcción del discurso político en la obra de uno de nuestros más grandes escritores, Abraham Valdelomar. En coautoría con José Chaupis viene trabajando en un libro sobre historiografía, en el cual se ha convocado a investigadores de diversas universidades nacionales.

LIMA TOMADA

Vida cotidiana durante la guerra contra Chile 1879-1883

Emilio Rosario

LIMA TOMADA

Vida cotidiana durante la guerra contra Chile
1879-1883



Lima tomada. Vida cotidiana durante la guerra contra Chile 1879-1883

© Emilio Rosario Pacahuala

© Municipalidad Metropolitana de Lima

SIN VALOR COMERCIAL. PROHIBIDA SU VENTA

1a. edición digital, agosto 2021

Diseño de portada, diagramación y edición gráfica:

Renato Barzola Ortiz/Sophia Durand Fernández

Cuidado de edición: José García Cosavalente

Imagen de portada: «Vista de Chorrillos (destruido por los chilenos)». Eugène Courret. [1881]. Placa de vidrio: b/n, 27 cm. x 21 cm. Biblioteca Nacional del Perú. En <http://bibliotecadigital.bn.p.gob.pe/portal-bnp-web/#/libro/FOT-35167>. Consultado el 20/1/2021

Imagen de la presentación: «[Asalto e incendio de Chorrillos por los chilenos en la guerra del Pacífico]». Autor desconocido. [1881]. Fotografía de ilustración: monocolor, albúmina sobre papel fibra; 23,2 x 17 cm. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/632/w3-article-331299.html>. Consultado el 20/1/2021.

Imagen de la introducción: «Vista de Chorrillos (destruida por los chilenos)». Eugène Courret. [1881]. Placa de vidrio: b/n, 27 cm. x 21 cm. Biblioteca Nacional del Perú. En <http://bibliotecadigital.bn.p.gob.pe/portal-bnp-web/#/libro/FOT-16205>. Consultado el 20/1/2021.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2021-05129

ISBN N.º 978-9972-726-35-4

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma, sin autorización expresa del autor y de la Municipalidad de Lima.

Editado por:

Municipalidad Metropolitana de Lima

Gerencia de Cultura

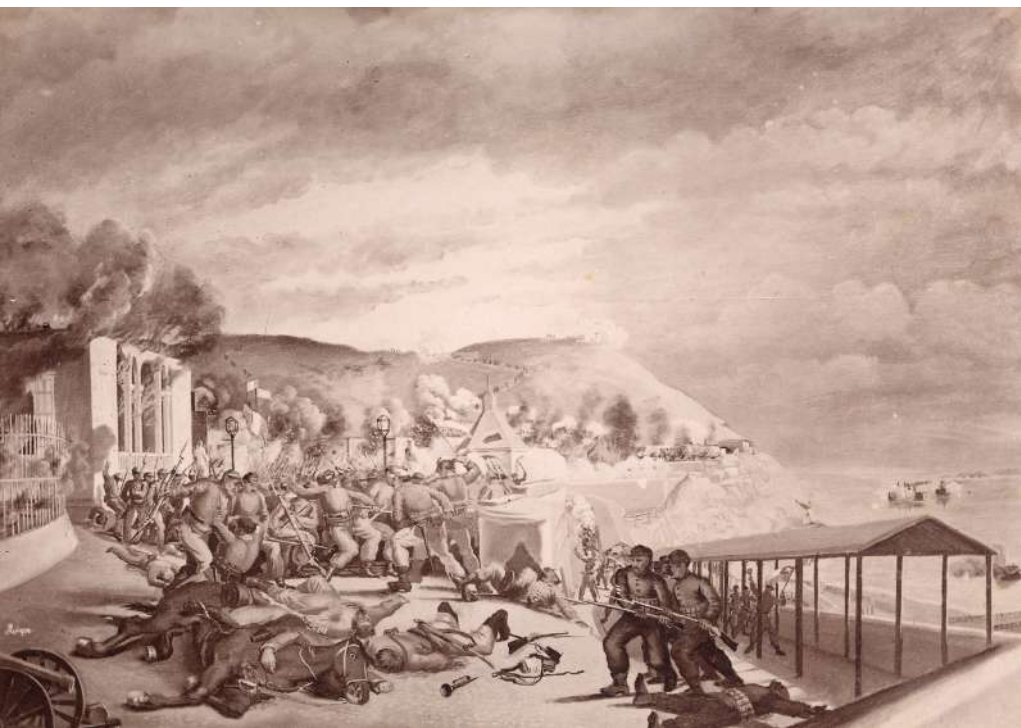
Jirón de la Unión 300

Lima, Cercado

www.munlima.gob.pe

ÍNDICE

Presentación.....	7
Prólogo.....	9
Introducción.....	13
CAPÍTULO I: LOS INICIOS.....	17
CAPÍTULO II: CRISIS POLÍTICA.....	41
CAPÍTULO III: LIMA CONQUISTADA.....	53
Conclusiones: las lecciones de la guerra.....	89
Fuentes.....	91
Índice y procedencia de las imágenes.....	96



Cuadro que representa el ataque chileno a Chorrillos.

PRESENTACIÓN

Toda guerra ha significado siempre un hecho luctuoso para las poblaciones que la han enfrentado y Lima no fue ajena a esta dolorosa experiencia.

En nuestra historia los conflictos han sido permanentes, así como la aspiración de superarlos y construir una sociedad mejor a partir de ellos.

En este contexto presentamos el munilibro n.º 22, *Lima tomada. Vida cotidiana durante la guerra contra Chile (1879-1883)*, relato que rescata la vida de los limeños durante la ocupación chilena a raíz de la guerra del Pacífico.

Los hechos trágicos de este conflicto, el más importante que vivió nuestro país en el siglo XIX, son parte de la conciencia nacional y gracias a este libro podemos encontrarnos con los recuerdos, sinsabores y anhelos de nuestros antepasados en aquellos aciagos días.

La obra de Emilio Rosario nos recuerda que nuestro país y nuestra ciudad se enfrentaron de forma desorganizada a la guerra, y cómo se improvisó sobre la marcha una defensa de la capital. Esa es una lección dolorosa, pero fundamental del pasado para los problemas que vivimos en estos momentos.

El libro se cierra con una reflexión que nos motiva a luchar siempre por un país viable, democrático y que sepa planificar su futuro y enfrentarse con herramientas a la adversidad.

Jamás pelear desarmados ni desunidos; como recalca el autor, es una de las grandes conclusiones de la obra. Recuerda, además que solo después de la derrota pudimos ver nuestros defectos y errores.

La lectura del munilibro n.º 22 nos invitará a no repetir aquello y nos recuerda que de los errores vienen las rectificaciones.

Con la promoción de obras como esta, desde la Municipalidad de Lima seguiremos apostando por un modelo de gestión pública que ponga permanentemente en valor nuestra historia y nuestra gran diversidad cultural con miras al bicentenario, teniendo como centro y principal motivación a los ciudadanos.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

PRÓLOGO

La renovación que vienen atravesando los estudios sobre la Guerra del Pacífico en Perú se observa claramente en *Lima tomada. Vida cotidiana durante la guerra contra Chile (1879-1883)*, del historiador sanmarquino Emilio Rosario. Esta renovación se debe a una serie de elementos como el uso de nuevos tipos de fuentes documentales: cartas, memorias, testimonios, provenientes de diferentes archivos, tanto públicos como privados; publicaciones permanentes como periódicos y revistas; y un número amplio de fuentes no escritas como la fotografía, el teatro, la música, la pintura, etc. Otros factores son los cambios teóricos y metodológicos, siendo los más significativos: el paso de las realidades económicas y sociales a las representaciones culturales, emocionales, de sensibilidades e imaginarios; de los enfoques generales a los locales y regionales; y de los sectores altos o élites a las minorías y marginales. Todos estos aportes, producidos en las últimas décadas, se encuentran hábilmente utilizados por el autor en el presente munilibro, acercando de esta manera la historia a un público más amplio.

Desde un punto de vista historiográfico la ocupación del Perú por parte de Chile, entre 1881 y 1884, ha sido estudiada de forma diferente en ambos países. En el Perú se colocó como el centro de la guerra la invasión chilena a la ciudad de Lima; mientras que para Chile finalizaba la intervención militar con la usurpación de las provincias salitreras peruanas. Se tornaba necesario estudiar las distintas fases de la expansión de Chile en Perú. Este es otro aporte de *Lima tomada*, cuyo autor, a través de una redacción fluida

envuelve al lector en los avatares del día a día del conflicto bélico, empleando una interesante triangulación espacial (lo nacional, lo regional y lo local) que culminará con la ocupación de la capital.

Si bien el libro abarca diferentes escalas geográficas, predomina la mirada desde Lima y como va viviendo la población capitalina las informaciones que llegan desde los campos de batalla. Las derrotas en la campaña marítima y terrestre del sur hicieron inevitable la invasión chilena de Lima que buscaba la rendición del Perú. Es aquí cuando Emilio Rosario va más allá que aquellos que en medio del conflicto se dedicaron a testimoniar la ocupación de la capital por parte de Chile, difundiendo un discurso de rechazo y denuncia de la población peruana con relación al comportamiento del ejército chileno, sentando las bases de una doble mirada que redujo la guerra a una relación de víctima-victimario. Las primeras publicaciones que difundieron esta imagen de oposición fueron las de Clements Markham, Tomás Caivano, Mariano Felipe Paz Soldán, Jacinto López, Pedro Dávalos y Lisson, Zoila Aurora Cáceres, entre otros, quienes son usados por el autor para comprender su visión de los acontecimientos sin juzgarlos. Lo que se desprende de las páginas de estos testigos privilegiados es la imagen de acusación de los peruanos «buenos, pero vencidos» contra los chilenos «malos, pero vencedores», que se fue convirtiendo en predominante y que luego será continuada por diversos historiadores modernos.

Ahora bien, la ocupación duró más de tres años ¿Cómo interactuaron la población peruana y chilena durante todo ese tiempo? Será la pregunta que buscará responder el autor. Para ello explorará el nivel de contacto que necesariamente tuvo que haber entre las poblaciones peruanas y chilenas, en los diferentes niveles de la vida cotidiana. La imagen histórica que emerge es una donde ambas microsociedades establecieron complejas relaciones de

convivencia no exentas de conflictos, producidos incluso antes de la guerra de 1879, matizando con ello el discurso defendido por la historiografía tradicional de oposición peruana al invasor chileno.

Todo ello convierte al munilibro *Lima tomada. Vida cotidiana durante la guerra contra Chile 1879-1883* del historiador Emilio Rosario, en una obra de referencia obligatoria que puede ser consultada más allá de la propia comunidad de historiadores, siendo accesible a un público más amplio, que demanda nuevos productos históricos, más a tono con los tiempos actuales.

José Chaupis Torres
Universidad Nacional Mayor de San Marcos



Fotografía de época que evidencia los daños causados a Chorrillos por las tropas chilenas. El balneario de las clases altas limeñas fue reducido a escombros.

INTRODUCCIÓN

Después de dos años de confrontaciones armadas (1879-1880) entre los ejércitos del Perú y Chile, la guerra cambiaría de escenario geográfico. A partir de 1881 los chilenos —quienes hasta esos momentos tenían una gran ventaja militar sobre sus rivales— decidieron acelerar la rendición peruana; por lo que desplegaron gran parte de sus tropas a la ciudad de Lima para lograr dicho propósito. Los esfuerzos defensivos nacionales por detener el avance de los chilenos fueron estériles. Esta situación provocó que la mayor parte de la clase política huyera hacia el interior del país.

En el ámbito social, la población peruana se encontraba sumamente temerosa ante la falta de líderes políticos que pudieran guiarlos en tan difíciles circunstancias y frente a la llegada de la soldadesca chilena, quienes tenían la no tan grata fama de agresivos. Esta imagen fue adquirida gracias a la destrucción de cientos de inmuebles privados y públicos a lo largo del territorio nacional como el ingenio de Palo Seco (Áncash) y el balneario limeño de Chorrillos, por citar solo dos ejemplos.

Fueron muchos los peruanos testigos del pillaje y robos cometidos por el ejército chileno a lo largo de la guerra (1879-1883); pero es limitado el número de ciudadanos que se atrevieron a escribir el día a día de tan trágicos acontecimientos. La escasa producción de cartas, diarios y manuscritos, no solo durante esa coyuntura, sino a lo largo de la historia nacional se debe a que el Perú adolece de una tradición académica que promoció la elaboración de escritos, especialmente las memorias, que hubiesen sido importantes para enriquecer el conocimiento de nuestro pasado, debido a que en ellas se puede extraer diversa información

sobre la sociedad en su conjunto. Ulrich Mücke y Marcel Velásquez Castro (2015) llamaron a este tipo de fuentes históricas como el autodocumento, debido a que las personas construyen una versión de la realidad a partir de su perspectiva. Estas fuentes, al momento de ser utilizadas, deben contextualizarse de forma adecuada, e incluso debe tenerse en consideración la intencionalidad de los autores.

En todos los autodocumentos producidos sobre la guerra del Pacífico se buscaba afirmar un solo discurso: los «buenos peruanos versus los malos chilenos»; quiere decir, construir una versión donde el Perú era la víctima, el país que se defendió heroicamente frente al abuso y la prepotencia de Chile. Los protagonistas centrales en estos relatos eran los militares y los políticos; es por ello que la producción historiográfica dedicó gran parte de sus páginas a su rol durante este acontecimiento bélico. Sin embargo, esta situación ha comenzado a cambiar en los últimos 15 años. Las más recientes investigaciones han decidido focalizar su interés en la participación de la mujer, el papel de los niños e incluso la importante actividad del cuerpo médico, entre otros elementos partícipes del conflicto internacional.

El objetivo de este trabajo es brindar un panorama distinto de la ocupación, al resaltar el accionar de la sociedad civil como testigo, en un primer momento, del traslado de tropas peruanas hacia Arica y Tarapacá y, posteriormente, en la reacción frente a la presencia del ejército chileno en Lima, hecho que generó una transformación en el manejo de las instituciones civiles. En pocas palabras, buscaremos reconstruir la vida cotidiana durante esta época.

Esta misión no es una tarea nada sencilla, ya que se deben utilizar las fuentes documentales de forma pormenorizada, reconstituyendo una realidad ajena a la nuestra. Durante el proceso de exhumación documental rescataremos los párrafos en donde clandestinamente se encuentra la información requerida, resaltando las siempre complejas relaciones de género, las costumbres sociales, las tradiciones cívicas, la vestimenta y la

dieta alimenticia, entre otros aspectos que mencionaremos a lo largo del texto. Nuestro interés es utilizar como fuentes principales las memorias que recrearon esta época. Para ello, utilizaremos los relatos de diversos autores como Andrés Avelino Cáceres, Adriana Verneuil, Dora Mayer, entre otros personajes de la época.

Este texto será dividido en tres partes. En la primera parte, estableceremos los inicios del conflicto bélico, desde el entusiasmo con que fue recibido el inicio de la guerra hasta la reacción de los limeños frente a la pérdida de nuestra fuerza naval, después del Combate de Angamos (8 de octubre de 1879). En el segundo capítulo, estaremos abordando la alteración de la economía nacional causada por la guerra, lo que finalmente provocó el encarecimiento de la vida en la capital. Para ello, describiremos este proceso de descomposición económica al interior de la sociedad peruana. En el tercer capítulo, abordaremos la ocupación de la capital y la convivencia con los chilenos durante estos años.

Finalmente, consideramos importante acercarnos a analizar el día a día de las personas durante la guerra y como su realidad fue transformándose a partir de los resultados obtenidos en el campo de batalla.

Para la construcción de este texto se ha involucrado a una serie de personas. Agradezco a Sandro Covarrubias; su trabajo será valorado por nosotros, los historiadores, al momento de realizar una reflexión de aquellos hombres que fomentaron el acercamiento de la cultura hacia el pueblo. David de Piérola ha sido un gran apoyo al gestionar una importante parte de las imágenes, su experiencia y paciencia ha sido vital para el nacimiento de este libro. Max Gonzales, cuya amistad ha perdurado durante muchos años, se convirtió en un animador trascendental para volver a revisar algunas fuentes de un tema que han sido el motor apasionante que, desde niño, me llevó a abrazar la historia como profesión.

A mi madre y hermano, pilares de mi vida y razón por la que escribo.

Los civilistas y los héroes

Defendiendo la bandera,
mientras los bravos caían
en San Juan y Miraflores,
los civilistas.....hufan.

Los civilistas huyeron,
cuando sonaron las balas,
con el pretexto ridículo
y necio de "buscar agua"



- 16 En los años posteriores a la guerra circularon versiones muy críticas a los gobernantes de la época. En la imagen, caricatura que critica la huida de los civilistas durante las batallas de San Juan y de Miraflores. Desde temprano se imponía una versión aceptada por todos; no fueron los sacrificados soldados y marinos quienes perdieron la guerra sino los líderes políticos que no estuvieron a la altura del momento histórico.

CAPÍTULO I

LOS INICIOS

El 19 de febrero de 1879, José Antonio Lavalle, primo del fenecido presidente del Perú. Manuel Pardo y Lavalle (1872-1876), recibía una misiva por parte del ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Irigoyen, quien solicitaba entrevistarse con él de forma inmediata. Hasta ese entonces Lavalle ejercía el cargo de senador de la república.

El resultado de esa conversación fue la designación de Lavalle como representante peruano para intermediar en las tensas relaciones entre Bolivia y Chile, alteradas dramáticamente producto de la invasión militar chilena a la provincia boliviana de Antofagasta (febrero de 1879). El pretexto principal para invadir dicha ciudad era el incremento del impuesto al barril de salitre por parte del Gobierno altiplánico, que violentaba el acuerdo inicial con los chilenos, quienes obtuvieron la comercialización salitrera a un precio ínfimo durante el gobierno del presidente boliviano Mariano Melgarejo (1864-1871).

Finalizada la entrevista con Manuel Yrigoyen, el senador Lavalle fue invitado a dialogar con el presidente del Perú, Mariano Ignacio Prado para recibir instrucciones finales sobre su misión en el extranjero. El encuentro se realizó en el balneario de Chorrillos, lugar donde el máximo dignatario nacional despachaba durante las épocas de verano. Finalizada la conversación con Prado, el senador Lavalle inmediatamente decidió volver «a Lima por el tren de las 11 de la noche» (Lavalle, 1979, p. 8); de lo que podemos entender que en aquella época dirigirse al balneario sureño se

Lima tomada. Vida cotidiana durante la guerra contra Chile 1879-1883

convertía en un viaje relativamente lejano para los pobladores que habitaban en Lima, a comparación del día de hoy, en el que podemos realizar dicho recorrido en unas pocas horas desde cualquier punto de la capital. Finalmente, José Antonio Lavalle se dirigió al puerto del Callao, emprendiendo su viaje a Chile para cumplir la misión encomendada de evitar la expansión del conflicto entre ambos países.

Lavalle relata en sus memorias la constante hostilización desde su llegada a Valparaíso, puerto chileno establecido desde épocas



Vista de bella plaza chorrillana antes de la guerra. El balneario de Chorrillos fue elegido por la clase alta limeña para emular el lujo de los balnearios europeos. Sus sueños europeizantes se estrellaron con un conflicto que ni anticiparon ni supieron manejar.

coloniales. Los diarios capitalinos como *El Comercio*, *La Opinión Nacional* y el diario oficial *El Peruano* informaban a la población a través de sus líneas editoriales y notas periodísticas de la accidentada llegada del plenipotenciario peruano. La recepción por parte de la muchedumbre valparaisina hacia nuestro compatriota no fue hospitalaria; por el contrario, la agresión y el acoso sufrido fueron permanentes: *...desde el muelle hasta el hotel de su alojamiento fueron con el cónsul general del Perú, entre dos filas de policías y estrechados a cada paso por una muchedumbre airada y enemiga, como reos que llevan el suplicio* (Paz Soldán, 1979, tomo I, p. 61).

Mariano Felipe Paz Soldán, ministro de Gobierno durante el primer año de guerra, describe detalladamente la tensa situación que se vivía las semanas previas a la declaratoria oficial de la guerra. Él nos señala que la prensa nacional durante los primeros meses de 1879 se especializó en agitar los ánimos de la población al presentar en sus titulares y notas informativas la agresiva actitud chilena en contra de los intereses nacionales y especialmente hacia Lavalle, lo que provocó distintas manifestaciones públicas en las plazas limeñas en contra de Chile: *...la prensa y el pueblo, que deseaban la guerra, celebraban meetings tumultuosos; se repartían impresos rechazando la mediación; relacionando con torcida y malévola interpretación, cuando hacía o no hacía, y cuanto suponían pensaban hacer la legación peruana* (Paz Soldán, 1979, tomo I, p. 62). De esta manera, al interior de la sociedad peruana se comenzó a construir un nuevo sentimiento, que aún tiene vigencia en la población nacional: el antichilenismo.

Finalmente, los intentos por detener un conflicto entre Bolivia y Chile, fracasaron; incluso la mediación peruana finalmente terminó por incluirnos en la guerra. Una de las interrogantes que surgen es si el Perú tuvo probabilidades de evitar inmiscuirse en un lío aparentemente «ajeno».



Las bellas e imponentes casonas fueron la norma en Lima y sus balnearios. En la fotografía se aprecia la fachada de una casona de Chorrillos. Eran los años en los que la clase alta limeña creía que el país que gobernaban sería pronto una potencia. Sin entender el país que gobernaban y de espaldas a la mayoría andina, el proyecto aristocrático limeño se deshizo con el primer contacto con la realidad: la guerra del Pacífico.

Consideramos que la guerra era un hecho ineludible tanto para chilenos como para peruanos. Ambos tenían elevados intereses por apoderarse del salitre, el tesoro en disputa en esta guerra, debido a las altas rentas que se obtenía producto de su comercialización en el mercado mundial (Chaupis y Rosario, 2007).

El Perú necesitaba con urgencia reemplazar las ganancias obtenidas durante la era del guano (1845-1866), por tanto, necesitaba conseguir un producto similar. El dinero del comercio guanero permitió el ensanchamiento de la burocracia estatal y la compra de lealtades a partir de la ilícita repartición del tesoro público desde los gobiernos de Ramón Castilla (1845-1851; 1855-1862) y José Balta (1868-1872).

En el caso de Chile, no podía permitir el arrebato de un producto que garantizaba estabilidad para su erario público y réditos económicos en favor de su élite. Por tanto, una confrontación bélica entre ambos países era inevitable.

Entonces, contestamos una segunda interrogante: ¿en qué condiciones se encontraba el Perú para afrontar la guerra? En el caso nacional, se tenían serios problemas fiscales, desatados no solo por malos manejos de las rentas públicas. A esto se sumó un fenómeno de El Niño, acontecido en 1877, que destruyó gran parte de la infraestructura nacional, provocando problemas al Estado que tuvo que destinar los fondos económicos para reparar el daño causado, lo que generó a su vez un reajuste en el presupuesto, restando dinero especialmente al sector de guerra. Esta situación era suficiente razón para evitar por todos los medios la confrontación con los chilenos, dado que no se tenía el soporte financiero necesario para sostener la empresa bélica que significaba la movilización de personal hacia la frontera, la compra de armamento, medicinas, entre otros elementos importantes para un desenvolvimiento adecuado de nuestro país en el campo militar.

Lima y la guerra

Los representantes del Gobierno de Chile sospecharon que la misión Lavalle tenía como objetivo alargar el tiempo, mientras el Perú conseguía los recursos económicos necesarios para apertrecharse militarmente y de esta manera llegar en mejores condiciones para una potencial guerra contra su país. Frente a este peligro, el Poder Legislativo chileno declaró oficialmente la guerra al Perú el 5 de abril de 1879.

Dicha actitud por parte de los chilenos radicalizó aún más los ánimos de la población en Lima, que recibió con entusiasmo y mucha euforia afrontar un conflicto internacional que aparentemente sería favorable a nuestro país.

Los chilenos residentes en la capital peruana serían testigos de las manifestaciones públicas en contra de su país:

El pueblo de Lima al saber la noticia, recorría las calles y llenaba las plazas dando vivas al Perú y aceptando con alegría la guerra; fue aquel un día de verdadero júbilo y ardoroso entusiasmo. En medio de esa multitud exaltada se paseaban, sin embargo, tranquilos y respetados, muchos chilenos notables avecindados en Lima (Paz Soldán, 1979, tomo I, p. 109).

A comparación de los desmanes propiciados en detrimento de las propiedades nacionales y acoso sufrido por nuestros compatriotas en Chile, en el Perú se respetó la investidura de los plenipotenciarios y las propiedades e incluso el bienestar físico de los ciudadanos rivales. Al narrar esto, Paz Soldán quería demostrar que nuestra patria era una nación ordenada y responsable que enfrentaba a la barbarie chilena:

...el ministro de Chile Joaquín Godoy, que vivía a pocos metros de distancia de la casa de los ministros de Bolivia,



Producto del boom del guano la ciudad de Lima tuvo un gran desarrollo arquitectónico. En la imagen, la céntrica esquina de Espaderos y Lescano.

fue respetado, a pesar de que la casa de éstos se hallaba invadida por inmensos y continuos grupos de pueblo que los felicitaba. El escudo de Chile se ostentaba en la puerta de la legación hasta el día 4, sin que nadie intentara siquiera ultrajarla...(Paz Soldán, 1979, tomo I, p. 109).

Pero este acto de “caballerosidad” no era impedimento para que los peruanos expresen su repudio público en contra de Chile y ofrecer vivas a nuestro país durante el mes de abril. La excitación nacionalista recorrió todos los rincones de la capital; por las mañanas se apreciaba a cientos de jóvenes enlistarse voluntariamente en el ejército, en las tardes las damas de alta sociedad se encargaban de recolectar dinero para afrontar la guerra mediante actividades públicas como bailes y degustación de viandas. En líneas generales se percibía un ambiente de triunfo a priori por parte de la población peruana. La excesiva confianza en el ambiente nacional era producto del bombardeo periodístico emitido diariamente, el cual maniataba las mentes del pueblo al construir en notas editoriales un escenario en donde el Perú y Bolivia eran superiores en todo aspecto a su rival, por los motivos descritos en párrafos anteriores:

...los meetings o reuniones populares continuaron varios días con igual orden y entusiasmo; multitud de personas se presentaron a engrosar las filas del ejército; pobres y ricos concurrieron a depositar sus erogaciones en las arcas nacionales; la suma de estos donativos ascendía a centenares de miles, desde los primeros días; y los ofrecidos periódicamente aseguraban al fisco una entrada de más de doscientos mil soles mensuales, por algún tiempo (Paz Soldán, 1979, tomo I, p. 109).

Los indicadores de la excesiva confianza radicaban en la figura del rival, geográficamente mucho más pequeño e históricamente irrelevante (por su falta de tradición histórica); más aún Chile se

enfrentaría a dos países que en cantidad poblacional lo superaban ampliamente y uno de ellos —el Perú— de alta trascendencia en el continente americano porque fue la capital del imperio colonial hispánico, a comparación de Chile que durante esta etapa fue una Capitanía. De esta manera, las diversas calles de Lima se convirtieron en lugares donde la emoción y algarabía de la plebe y élite se mezclaban, olvidando por un momento las diferencias sociales que los dividían para enfrentar al enemigo común que amenazaba el bienestar de la nación.



Foto familiar de época. En los años de la ocupación las familias se retrataban con suma pulcritud y recato para exteriorizar el duelo por la derrota nacional y la desazón por la ocupación de la capital.

Es importante señalar que en la capital la emoción también respondía, tal como manifestaba Lavalle, a la activación de intereses subalternos; como los del propio Gobierno, cuyos miembros podían consolidar su fama al convertirse en la dirigencia política que conduciría al país a la victoria; de los pierolistas, quienes podían aprovechar esta coyuntura para solicitar el retorno de su líder (Nicolás de Piérola), quien se encontraba fuera del país por intentar un golpe de Estado en detrimento de Mariano Ignacio Prado, que finalmente fracasó (1877); y del propio Partido Civil, que vislumbraba una oportunidad perfecta para emitir leyes desde el Parlamento Nacional que respaldaran las acciones de las fuerzas armadas y así tener el apoyo popular durante el proceso electoral de 1880. Empero, no fueron los únicos que deseaban capitalizar algún beneficio:

los militares y los marinos, por el muy noble deseo de hallar campo en el desplegar ese valor y ese patriotismo que han lucido los más en el curso de la guerra y que muchos han consagrado con sus envidiables muertes; la turba de indefinidos y de pretendientes, porque la guerra les ofrecía amplias ocasiones de ser colocados y empleados; los negociantes porque ¿qué ocasión más propicia que una guerra, para hacer grandes negocios y elevar pingües fortunas?; los azucareros, cañaveleros, mineros y salitreros, porque la guerra era la emisión de papel (...) la masa del país por patriotería, por novelería, por impulso ajeno (Lavalle, 1979, p. 15)

Por tanto, se puede comprender este acuerdo, subterfugio de todos los sectores -económicos, políticos y militares- por aprovecharse de una situación que les ofrecía sustanciales ganancias si se producía la victoria peruana. No es extraño este tipo de actitudes, dado que las guerras a lo largo de la historia han tenido la función de fortalecer liderazgos que conduzcan a los países al triunfo.



Grupo de oficiales peruanos en foto de estudio. La oficialidad estuvo formada por hijos de familias ricas con poca formación militar y poca experiencia de campo. Aún peor fue la situación de la tropa llana que fue reclutada de emergencia y sin el aprovisionamiento necesario. Unos y otros pelearon sin la preparación debida y sin el equipamiento necesario.

Los miembros de la Iglesia Católica no estuvieron ajenos a este acontecimiento; por el contrario, en todo brindaron su respaldo al ejército y a las acciones del Gobierno, a través de las misas dominicales donde llamaban a la población a encontrarse con la tranquilidad espiritual frente a la guerra. Incluso, señalaban que el bando nacional tendría el apoyo de Dios para emprender con éxito la empresa bélica, tal como lo señalaba el arzobispo Francisco Orueta: *Ante tan evidente injusticia por parte de Chile, Orueta, apelaba al vínculo entre patria y religión, convocando a los peruanos a pelear con la convicción que Dios estaba de su lado* (McEvoy, 2011, p. 151).

Este entusiasmo inicial es compartido por varios testigos de la época, especialmente por Mariano Felipe Paz Soldán, autor del texto *Narración histórica de la guerra de Chile entre el Perú y Bolivia* (compuesto por tres tomos y publicado inmediatamente después de la guerra). El objetivo central del Gobierno era presentar una nación unida que enfrentaría y derrotaría categóricamente a Chile. Dicho discurso defendía el rol jugado por Paz Soldán como parte del Consejo de Ministros del presidente Mariano Ignacio Prado (1877-1879) durante los inicios de la guerra. Sin embargo, Paz Soldán no fue la única persona que describirá esta etapa. Un punto de vista diferente era el del italiano Tomas Caivano, quien señalaba que las condiciones sociales de nuestro país para afrontar un conflicto bélico de escala internacional eran sumamente difíciles debido a la desunión histórica de los peruanos. Para Caivano esto se evidenciaba en el hecho que los peruanos nunca habían logrado una victoria frente a un rival exógeno desde su nacimiento como república y ponía como ejemplos la derrota militar contra Bolivia (1841-1842) y el fracaso de la Confederación Peruano-Boliviana (1836-1839); por el contrario, su prioridad era destruir a otro peruano que podía atentar contra sus intereses personales o de grupo. Los conflictos endógenos llevaron a la conclusión que los militares peruanos se convertían en un

verdadero peligro para los gobiernos civiles; por tanto, los regímenes de turno optaron por desarticular a las fuerzas armadas para evitar un golpe de Estado, brindándoles menores recursos económicos para la adquisición de armamento y la preparación del personal:

Y bien que hubo la amenaza de una revolución, el gobierno se había visto obligado a desarmar su escuadra y a reducir casi completamente su ejército, por dos razones, en primer lugar, por falta de medios, y luego para impedir que la revuelta se llevase a efecto con sublevaciones de cuartel y de las tripulaciones navales, con pronunciamientos como casi siempre comenzaron todas las revoluciones peruanas (Caivano, 1979, tomo I, p. 69).

En el escenario descrito durante el primer mes del conflicto bélico, Prado asumió el mando de las fuerzas armadas nacionales, en calidad de presidente de la república. Su primera acción fue trasladarse hacia la ciudad portuaria de Arica a comandar personalmente el accionar de las fuerzas armadas peruanas y coordinar con los bolivianos acciones conjuntas en contra del rival.

Preparativos bélicos

Uno de los primeros trabajos desarrollados por el Gobierno nacional fue apertrechar rápidamente a las tropas destacadas al teatro de operaciones sureño. Para ello debían ser movilizados los recursos necesarios en armas, vestidos, medicinas y alimentos que permitieran a los soldados desenvolverse de manera efectiva. En este último caso, la burocracia estatal ingresó a negociar directamente con los ganaderos sureños para proveer de carne a las tropas. Las poblaciones de Puno, Arequipa y Tacna serían testigos del desplazamiento de cientos de cabezas de ganado hacia el puerto de Iquique con el fin de cubrir la ingente demanda alimenticia; y de la alteración de la demografía de

las ciudades fronterizas como Arica y Tarapacá al ingresar miles de hombres y mujeres relacionados con la guerra, directa (soldados) o indirectamente (personal médico, técnico, etc.). Asimismo, se debía abastecer de agua potable a los batallones peruanos, lo que era toda una odisea, más aún en ciudades desérticas donde este producto escaseaba.

La convocatoria y el traslado desde la capital de diversos profesionales fue necesario para racionalizar los recursos y mantener el funcionamiento regular de las máquinas locales que sirviesen para el óptimo desenvolvimiento del ejército peruano:

Aprovechando de la cañería de fierro establecida por una compañía salitrera, para conducir el agua salitrosa hasta Iquique y condensarla allí, la puso en contacto con el manantial de agua inmediata; de este modo Iquique no podía perecer de sed. Los chilenos que de pronto ignoraban el gran abastecimiento de Iquique y la facilidad con que el ejército peruano boliviano se proveía de agua, creyeron muy fácil rendir la población por hambre y sed; por esto se empeñaba su escuadra en destruir las máquinas condensadoras y en impedir la entrada de víveres por los puertos inmediatos; tarde conocieron su error y que más provecho habrían reportado empleando sus naves en otro género de hostilidades (Paz Soldán, 1969, tomo II, p. 29).

La ciudad de Lima, entre junio y julio de 1879, recibió a una gran cantidad de personas provenientes de diversas partes del país, con el objetivo de entrenarse rápidamente y dirigirse al Callao, rumbo a la frontera sur. Ello es testimoniado por Caivano, quien nos relata la llegada de soldados que expresaban su sorpresa frente a la estructura arquitectónica de la capital. Caivano narra con asombro como ese contingente de ciudadanos armados podían soportar condiciones adversas como el frío o el hambre y, aún así, combatir hasta ofrendar

su vida. Sin embargo, este comportamiento no respondía a una sólida formación cívica impartida por el Gobierno central desde el nacimiento de la república y transferida de manera efectiva a la población; esa actitud era producto de un comportamiento sumiso, en el que fue amoldado durante muchos siglos el habitante de los Andes, sometido física y espiritualmente a la «voluntad» del hombre «blanco»:

...el soldado peruano tiene pocas pretensiones: eminentemente sobrio en tiempos ordinarios, soporta fácilmente toda clase de privaciones en casos excepcionales, sin lamentarse o por lo menos sin mucha insistencia; y es capaz, en casos dados, por simple pasividad de obediencia y hábito de sufrir, principalmente el de las provincias del interior o sea el cholo, el indio, de hacer las marchas más duras y fatigosas. Es obediente a la disciplina y fiel a la consigna; y si bien falte de arrojo e iniciativa, se bate, sino por verdadero y propio valor, con la imperturbable serenidad y constancia que le dan su natural disposición a la más pasiva obediencia, y su suma indiferencia a la faz del peligro (Caivano, 1979, tomo I, p. 252).

La descripción sobre las condiciones en que se encontraban las tropas nacionales en Lima fue narrada por la joven francesa Adriana Verneuil, años después esposa de Manuel González Prada. Ella señalaba que la lengua predominante entre los soldados era el quechua y que muchos de ellos andaban mal vestidos y habitaban en lugares de condiciones sanitarias calamitosas (Verneuil, 1947). La descripción física de los soldados que componían nuestro ejército es realizada por el inglés Clement Markham, quien señala que: *la estatura media del indígena peruano es de cinco pies a cinco y ocho pulgadas. Es corto, pero de reacia estructura muscular y capaz de soportar grandes fatigas. Sus rasgos especiales son: color de aceituna fresca, piel lisa y suave, pelo lacio y negro* (Markham, 1980, p. 54).

Los soldados provenientes de provincias llegaban a la capital utilizando el Convento de Santo Domingo como lugar para pernoctar, mientras esperaban las órdenes de sus superiores para embarcarse en las navieras que los enrumbarían hacia el sur del país. Esto lo testimonia José Salvador Caveró, quien denuncia la improvisación a la que estaban sometidas las tropas de voluntarios provenientes de diversos puntos del país:

...otra sorpresa no menos ingrata nos estaba reservada para poner a prueba nuestro patriótico entusiasmo. Transmontábamos la Cordillera por vía férrea, partiendo de la estación de Chicla en un convoy que nos esperaba, cuando en las afueras de Caray se descarriló el último carro del tren tumbándose al borde de un precipicio. Algunas bajas en nuestras filas, que lamentamos hondamente, fueron el triste de la noche. Se nos alojó en el Convento de Santo Domingo. Nadie se había cuidado de prepararnos un cuartel. Al subsiguiente día se apersonó en nuestro improvisado alojamiento, un funcionario del Despacho de Guerra, acompañado de un grupo de militares, y mandó formar el Batallón, procediendo, sin más trámite, a hacer un reconocer nuevos jefes y oficiales en sustitución de los que iba dando de baja en la forma más desairosa. Así fueron eliminados el coronel Mávila y el Sargento Mayor Vargas, junto con varios subalternos (Salvador, 1972, p. 19).

A pesar de estas infortunadas noticias de las que los limeños eran testigos, los habitantes capitalinos continuaban apoyando la causa nacional porque creían que podían imponerse al rival externo y que este tipo de relatos eran solo anecdóticos. Para reforzar el espíritu patriótico se promovió actividades teatrales, tal como señala Quiroz (2009), cuyo fin era demostrar que las acciones del Gobierno eran las correctas y no debían cuestionarse.



Soldado peruano al lado de su pareja, una rabona. Con este nombre se conocieron a las mujeres que solían acompañar a los soldados en las marchas y campañas militares.

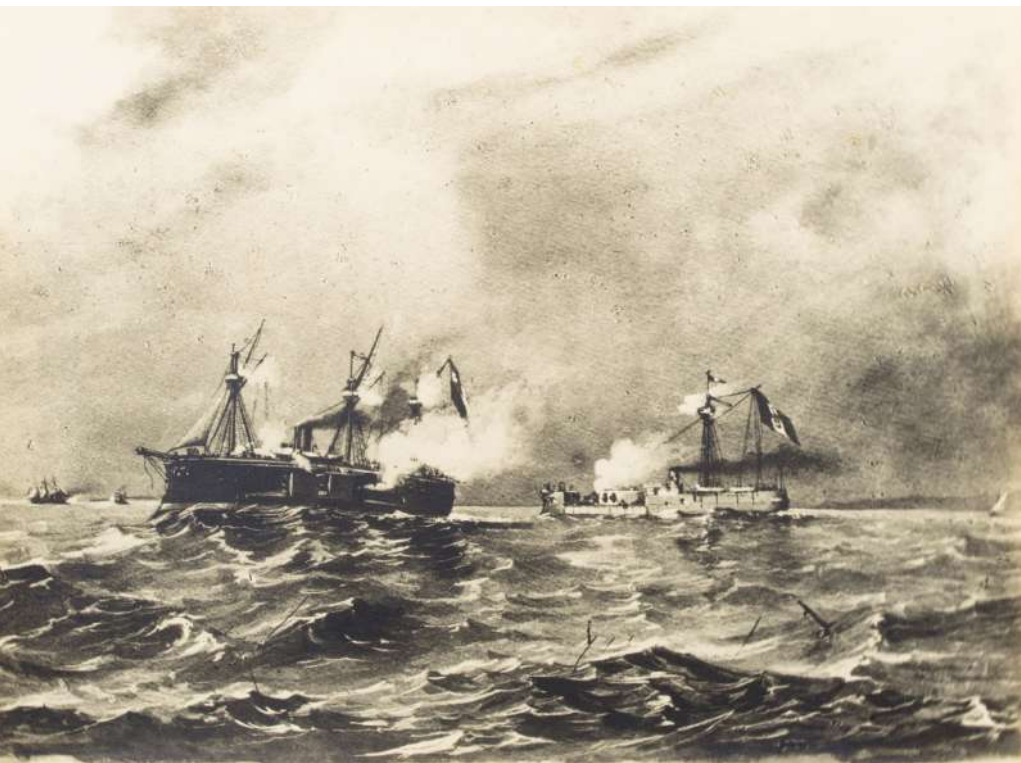
Un personaje poco mencionado en los textos históricos que acompañó a las tropas que llegaron a Lima fue la rabona. Personaje de gran sacrificio durante esta coyuntura, acompañó al soldado peruano en los combates en las provincias sureñas (Arica, Tacna y Tarapacá). Los extranjeros las observaban con mucha extrañeza mientras estaban en la capital dado que en su concepción la guerra no era un lugar propio para las mujeres. En su mentalidad, las damas debían esperar a esposos, hermanos, padres e hijos en casa, para celebrar con ellos la victoria o cuidarlos en caso llegasen heridos producto del fragor de las batallas. Ellas eran catalogadas como las fieles compañeras, brazo de apoyo importante en este proceso bélico:

...se le permite a las mujeres de los reclutas, llamadas rabonas, seguir a los regimientos en que sirven sus maridos. No reciben ración, sino que se alimentan con parte de la que toca a sus cónyuges. Estas fieles y sufridas criaturas siguen a los ejércitos en sus largas y fatigosas marchas, llevando las mochilas y los utensilios de cocina, carga que a veces se agrava el peso de un niño de pecho. No bien se hace alto, la rabona se afana en preparar el alimento de su marido (Caivano, 1979, tomo I, p. 252).

Conforme pasaron los meses, la animosidad y algarabía de la población limeña fueron mermando, producto de los resultados bélicos, los cuales no fueron favorables a los intereses de nuestro país.

La derrota naval

34 El evento que causó conmoción entre los ciudadanos capitalinos durante el primer año de confrontación militar fue la derrota en el Combate de Angamos (octubre de 1879). El desenlace adverso provocó incertidumbre frente al futuro, debido a que la pérdida de las fuerzas navales hacía casi segura la derrota en la guerra, con



El combate de Angamos en cuadro de autor desconocido. La derrota del Huáscar significó el fin de la guerra marítima.

la subsecuente imposibilidad de transportar inmediatamente las tropas a las zonas del conflicto.

Frente a esta situación, Mariano Ignacio Prado intentó hacer un ejército de unidad invitando a Piérola a formar parte de su gabinete, pero encontró rechazo por parte del caudillo, lo que agudizó la crisis política, debido a los pésimos resultados en el ámbito militar. Asimismo, obtuvo el feroz ataque del civilismo en el Parlamento Nacional.

En Chile la situación fue todo lo contrario, la captura del Huáscar generó una gran celebración por parte de la población, porque también eran conscientes que esto significaba un gran avance de sus fuerzas armadas para alcanzar la victoria militar:

La captura del Huáscar despertó en Chile un entusiasmo indescriptible. Luego del combate de Angamos (8 de octubre), una curiosidad inmensa y febril por ver al monitor peruano con bandera chilena se apoderó de todo el país. En su viaje de incorporación a las fuerzas armadas del antiguo enemigo, el buque altar donde se había inmolado Prat, fue fondeando en Chañaral, Caldera, Huasco y Coquimbo. En cada uno de estos puertos, los habitantes acudieron en romería para verlo. Fue tanta la excitación que provocó la captura del legendario monitor entre la población chilena que en Valparaíso fue necesario organizar trenes especiales para trasladar desde el interior a las personas de toda condición y sexo que deseaban verlo (McEvoy, 2011, p. 151).

La pérdida de nuestra Marina de Guerra provocó el retorno inmediato de Mariano Ignacio Prado a la capital. La población lo recibió el 28 de noviembre de 1879 con respeto y consideración en la Estación Desamparados, desde donde emprendieron una marcha a pie hasta su domicilio. En esta caminata lo acompañaron

personas de toda composición social, expectante ante la llegada del primer mandatario, quien debía brindarles respuesta a múltiples interrogantes en torno a la posición del Perú en la guerra y cómo afrontarla después de la pérdida de nuestra Marina de Guerra. El pueblo aún estaba esperanzado en las respuestas de su líder constitucional. Sin embargo, no encontraron solución alguna. En este encuentro entre el presidente y el pueblo: *reinó un profundo silencio; porque aun cuando se conocían sus errores en la dirección de la guerra, nadie dudaba de su ardiente patriotismo* (Paz Soldán, 1979, tomo II, p. 68).

Pocos días después del retorno de Prado a Lima, este decide abandonar el país so pretexto de comprar armamento en el extranjero. Si bien su salida al exterior la intentó realizar de forma clandestina, no tuvo éxito y el rumor de su partida se expandió rápidamente. Cientos de conciudadanos lo esperaban en el puerto del Callao para despedir al líder. Frente a este escenario, Prado fue obligado a emitir un discurso público en donde narraría las principales causas de su repentina partida. En sus palabras señalaba que esta decisión era contra su voluntad, porque era difícil abandonar el país en una situación que exigía su presencia; sin embargo, esta acción tenía que ser respetada por la población porque *el hombre que como yo sirve al país con buena voluntad y completa abnegación nunca dejará los designios a los que fue encomendado* (Caivano, 1979, tomo I, p. 309).

José María Quimper, ministro de Hacienda del régimen, expresó su preocupación frente a la partida del presidente de la república e incluso durante la sesión del Consejo de Ministros manifestó su oposición dado que se convertía en una acción inapropiada durante tan difíciles momentos para el país. Sin embargo, esta actitud no tuvo el respaldo de los demás miembros del gabinete de ministros: *el deseo se convirtió bien pronto en una resolución tomada.*

Indudablemente era nobilísimo el móvil que indujo al General Prado a ausentarse del Perú; pero no fue, a mi juicio, político ni conveniente dejar el país en aquellos momentos (Lecaros, 1979, p. 58).

La respuesta por parte de la ciudadanía no fue comprensiva, por el contrario, quedó estupefacta frente a tal actitud, provocándose en lo inmediato rumores a diestra y siniestra sobre la partida repentina de Mariano Ignacio Prado. Los más importantes sucesos fueron el millonario saqueo hecho a la caja fiscal y el robo a las donaciones realizado por un sector de la población capitalina.

El diario oficial *El Peruano*, a través de sus notas periodísticas, intentó calmar los excitados ánimos de los ciudadanos -cada vez más desilusionada con su clase política imperante-; sin embargo, estos esfuerzos no fueron suficientes para mermar los comentarios desfavorables vertidos por la prensa opositora, encabezada por *El Comercio*, que tuvo una alta recepción en la recelosa ciudadanía capitalina. Esta situación de cuasi anarquía generó una oportunidad para que *los sediciosos de profesión* (Caivano, 1979, tomo II, p. 310) tomaran las riendas del país. El ambiente de victoria y confianza de los primeros meses se desmoronaba velozmente frente al escenario de derrota, crisis económica e inquietud emocional colectiva.

El nuevo régimen encabezado por Luis La Puerta, vicepresidente de la república, no tuvo la capacidad de generar la confianza entre los pobladores para apoyarlo como nuevo conductor ante la guerra. Los ciudadanos capitalinos eran testigos del retorno de los caídos en combate, generándose múltiples ceremonias fúnebres en toda la capital. A pesar de estas noticias que acrecentaban la desconfianza en la dirigencia política, debemos resaltar que la población en esos momentos fue un tanto injusta con los esfuerzos desarrollados por la novísima administración estatal para sostener la empresa bélica, más aún cuando no contaban con los recursos económicos y el respaldo material suficiente.

Algunos sectores manifestaban que no se proveía logísticamente al ejército del sur debido al cuestionado manejo de las finanzas públicas, tal como señalaba Paz Soldán: *al fin el general La Puerta no solo se convenció sino que palpó que el Dr. Químper arrastraba al país a un vergonzoso y funesto precipicio ... hasta el viernes reunió más de cuatrocientos mil soles y en vez de guardarlos para el ejército del sur, repartió más de cien mil soles entre los indefinidos y otros que forman su cortejo y amenazaban al Congreso* (Vargas Ugarte, 1970, p. 46). Esto explica la escasa compra de armamento en favor del ejército patrio.

De esta manera, se crearon las condiciones para que personajes como Nicolás de Piérola tuviesen la oportunidad de acceder al poder, debido al desprestigio del Gobierno. Es así que dicho personaje organizó un exitoso golpe de Estado, apropiándose del Poder Ejecutivo y acelerando la descomposición política del país en diciembre de 1879.



CAPÍTULO II

CRISIS POLÍTICA

El golpe de Estado

El 2 de noviembre de 1879, el burgomaestre capitalino Rufino Torrico emitía un comunicado a la opinión pública donde expresaba su profundo malestar frente a los lamentables incidentes ocurridos unos días atrás en las instalaciones de Palacio de Gobierno. Según informaba el alcalde limeño, la también conocida como la Casa de Pizarro fue tomada por cientos de hombres armados con rifles y palos, quienes tenían una sola consigna: derrocar al régimen encabezado por el primer vicepresidente Luis La Puerta.

Cumplido el objetivo de la enardecida masa, apareció un nuevo actor en esta guerra, pero viejo protagonista de la política nacional: Nicolás de Piérola Villena. Como líder del grupo, se dirigió a este a través de un emotivo discurso. Las frases más efusivas estuvieron dirigidas a resaltar la incapacidad, mediocridad e irresponsabilidad de los hombres de negocios y de los politiqueros de antaño, quienes llevaron al país hacia la derrota (Fuentes, 1881, p. 2).

El respaldo por parte de la población fue mayoritario. Su encumbramiento y legitimación frente a la opinión pública parte de una extensa campaña periodística de quienes lo apoyaron para liquidar la imagen de Prado y La Puerta:

Cesáreo Chacaltana, que escribía los editoriales del principal



diario y llegó a ser director de El Nacional, se desató en improperios contra el Presidente derrocado, haciendo de ese modo el juego de la dictadura para desconcertar la opinión pública y afirmarse en el poder (Delgado, 1965, p. 83-84).

El ingreso de Piérola al poder se apoyaba en la desilusión de la población, que proyectaba en él a la única figura en capacidad de invertir la situación bélica del país. Además, no existía una real oposición con respaldo popular que frenara sus objetivos. Recordemos que gran parte de la oficialidad había sido destacada a la frontera sur y los líderes políticos nacionales no tenían la capacidad de enfrentarse al pierolismo. Caivano señala que las milicias pierolistas que ayudaron a concretar el golpe de Estado se encontraban constituidas por habitantes de la zona andina; por lo tanto, deducimos que su apoyo mayoritario provino de los terratenientes serranos. La población vislumbraba que tenía frente a ella a un líder que ayudaría a alterar el curso de la guerra.

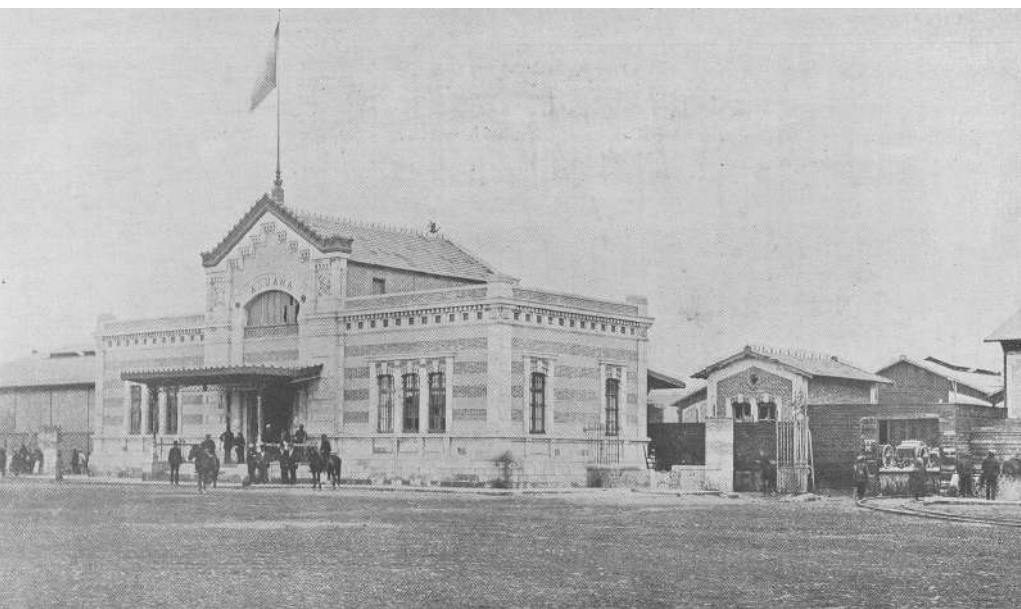
La dictadura pierolista

Las primeras acciones del régimen pierolista fueron reconfigurar la oficialidad del ejército, colocando en puestos estratégicos a personas leales a su gobierno, sin importarle su capacidad o experiencia en el campo de batalla:

...y si a todo esto se añade que, excepto pocos oficiales bueno y expertos de los ya existentes, los demás eran todos oficiales de creación reciente, que poco o nada conocían del arte militar, se comprenderá fácilmente con cuánta razón decíamos antes, que el ejército levantado y dispuesto por Piérola, más bien que tal, podía apenas llamarse una simple aglomeración de gente armada (Caivano, 1969, tomo I, p. 384).



Territorio ocupado en Tarapacá por el ejército chileno. A pesar de la victoria de Cáceres, la ausencia de recursos logísticos obligaron al ejército a retirarse de la provincia salitrera de Tarapacá, dejándola a merced de los chilenos, quienes consiguieron su objetivo inicial.



Fotografía de época en la que se aprecia la conquista estratégica de la aduana de Arica.

Además, la cada vez más difícil manutención de las tropas y provisión de insumos bélicos provocarían las derrotas del Alto de la Alianza y de Arica. En esta última batalla sería liquidado el ejército «profesional», lo que dejaba el país a merced del enemigo. A pesar de las conversaciones en la embarcación norteamericana Lackawanna para finiquitar la guerra (octubre de 1880), estas no llegaron a buen puerto producto de las elevadas exigencias de Chile de anexarse gran parte de la zona sur del Perú (Arica, Arequipa, Moquegua, Tacna y Tarapacá).

Las noticias sobre las derrotas peruanas en Arica y Tacna provocaron honda preocupación en diversos sectores de la sociedad, denotándose esto incluso en el teatro. A pesar de esta situación adversa, se buscaba por diversos medios seguir manteniendo en alto los ánimos de la población. Evidencia de ello es el estreno en 1880 de la obra *Muerto en vida* del español Eloy Perillán Buxó, la cual buscaba cumplir dicho objetivo; sin embargo, en su escenificación se avizoraba un posible escenario donde el Perú sufriría la invasión de su ciudad-capital:

Luisa: La mujer sabrá alentar

A los que el chileno oprima

¡Moriremos cuando en Lima

No haya un hombre a que matar!"

(Quiroz, 2009, p. 29)

En aquellos tiempos, realizar este tipo de comentarios podría parecer inverosímil entre la población, pero este tipo de manifestaciones subrepticamente avizoraban la próxima llegada del ejército chileno a la capital.

Pero, si bien el teatro podía convertirse en un importante elemento para alimentar la moral de la población, no podían



Irene Morales, soldado chilena que combatió en la guerra del Pacífico demostrando que en este evento hubo una importante participación femenina.

eludirse los efectos propios de la guerra en la capital; como por ejemplo, el aumento astronómico del precio de los productos de primera necesidad:

Libra de arroz del país s/ 0.20, de la India s/ 0.19; azúcar blanca s/ 0.35, mascabada s/ 0.25; carne fresca de vaca de 1ª clase s/ 0.50, de 2da s/ 0.40 y de 3ª s/ 0.30; de chancho s/ 0.60; de carnero de 1ª s/ 0.60, de 2ª s/ 0.50; camote s/ 0.05; carbón vegetal s/ 0.05; frejol blanco s/ 0.13, prieto s/ 0.13; galleta s/ 0.40; garbanzos s/ 0.20; harina de trigo s/ 0.25, de maíz s/0.15; lentejas s/0.18; manteca extranjera s/0.70, del país s/0.60; papas s/0.07; pallares s/0.20; pan de 140 a 180 gramos, s/0.10; sal s/0.05 (Zanutelli, 1981, p. 25).

Esta situación ocasionó estragos directos en la economía de los sectores populares. El Gobierno intentó mediante distintas leyes estabilizar el costo de los productos y así mermar potenciales conflictos internos, pero no tuvieron efecto alguno al interior del mercado, tal como nos señala una nota periodística del diario *El Barquillo* del primero de mayo de 1880: *los decretos sobre víveres no se cumplen son letra muerta para ciertos miserables especuladores. Los artículos de primera necesidad están por las nubes, se han publicado las tarifas de los precios anteriores al bloqueo, y los pulperos y carniceros se ríen desdeñosamente* (Castro, 2008, p. 67). Finalmente, los efectos de la guerra comenzaron a palpase en la vida de la población poco más de un año de iniciada la guerra, al afectar su capacidad de consumo diario. Esta situación comenzará a provocar serios cuestionamientos por parte de la población en contra del Estado sobre como se estaba administrando la guerra.

Mientras tanto, en el frente de batalla las victorias chilenas en el sur no eran suficientes para lograr su objetivo principal: la apropiación definitiva de la provincia salitrera de Tarapacá. Chile procedería al bloqueo marítimo del puerto del Callao, el más importante del país, para desabastecer de alimentos a la capital.

De esta manera, se podría acelerar el proceso de inestabilidad en la población, lo que provocaría caos y, por ende, presión al Gobierno para ceder a las pretensiones chilenas. Lima pasó de un elevado aumento de alimentos a una carestía de los mismos, tal como lo testimonia la alemana Dora Mayer; incluso las élites tuvieron que cambiar radicalmente su dieta alimenticia derivándola a pescado, un producto casi exclusivo de los paladares populares. El bloqueo marítimo también generó la escasez de pan, provocando serias confrontaciones físicas en la población por intentar conseguirlo en las distintas plazas limeñas donde eran distribuidos por la comuna capitalina:

...previendo las perturbaciones comerciales mi papá compró un quintal de arroz y un quintal de frijoles cocachos; una arroba de azúcar, dos panes de azúcar, y un cajón de té chino. Mi mamá que apuntaba los gastos diarios anotó precios del pan y otros artículos de primera necesidad muy parecidos a los que rigen en la presente post guerra. Sin duda no había carne, pues en esa época llegué a conocer todas las clases de pescado de nuestras aguas marinas que quedaban entonces para alimento barato del pueblo como no sucede ahora. Casi todos los días se comía ayanque, cojinova y con gran preferencia jurel, una especie que desde hace tiempo no he visto más en el mercado local. Contra bonito y lorna tenían prejuicio mis padres, y en cambio no, aspiraban ellos a los pescados de primera clase, la corvina, el robalo, el pampero, la lisa, u solo a veces el lenguado y al pejerrey, una vecina y amiga nuestra nos hizo aquellos días un regalo extraordinario consistente en un buen atado de cebollas. No se hacía cola para el pan, sino que se luchaba por ese artículo a codazo limpio ante los kioscos municipales que se había

BLOQUEO del CALLAO.

ALREDEDORES de LIMA y CALLAO

por P.F. Uhalon, Ingeniero. 1879-80



Signos.

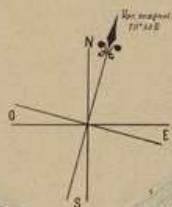
Ferrocarriles



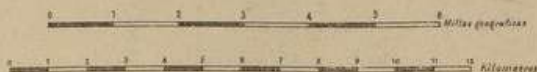
Caminos carreteros



de travesía



ESCALA.



El bloqueo del puerto del Callao ocasionó en la capital la escasez de productos y su consecuente encarecimiento.

instalado en la plaza de abastos. Debe de haber escaseado completamente el pan a consecuencia del bloqueo en 1880, pues recuerdo que mi mamá cocinaba camotes para el desayuno, mientras yo me entretenía con un libro ilustrado, acompañándola en el corral (Mayer, 1992, p. 26).

Pero, esta presión fue por poco tiempo. La marina chilena no tuvo la capacidad para prolongar el bloqueo que finalmente fracasó, lo que produjo un clima de malestar al interior de Chile por una guerra que se alargaba demasiado, provocando terribles estragos a su economía. Ello llevó a tomar la decisión de invadir Lima y así obligar a la rendición del Estado peruano. Frente a tal amenaza, Piérola convocó a las tropas reservistas para la defensa de la capital, pero su personalismo obnubiló el consejo de los oficiales de experiencia para realizar una labor decorosa. Además, recordemos que los batallones nacionales estaban conformados por soldados sin experiencia alguna y apertrechados con armas de fabricación variopinta:

Esto provenía en gran parte de que Piérola, deseando aparecer como el único y exclusivo director de la guerra, hasta en sus más pequeños detalles, comunicaba sus órdenes, y se entendía directamente con los jefes de oficinas subalternas, o con los comandantes generales, sin previo aviso al estado mayor general, sembrando así el desorden y la confusión, y perdiendo la unidad y la disciplina militar; tan grave mal llegó al extremo de que se desobedeciera más de una vez las órdenes del jefe de estado mayor general; porque las recibidas por los jefes de división o de batallón, dadas por el jefe supremo, eran contrarias ¿podía conseguirse así el triunfo? (Paz Soldán, 1979, tomo III, p. 26).

La desilusión

Mientras que la capital se preparaba para la defensa, en las calles limeñas se veía a los soldados que comenzaban a regresar del campo de batalla, muchos de ellos desguarnecidos por el propio Gobierno, que no les pagaba por sus servicios a la patria ni cumplía con apoyar a los que fueron lacerados físicamente en combate. Muchos se encontraban en estado de miseria económica absoluta, como el caso de las tropas de voluntarios provenientes del Cusco, quienes tuvieron que regresar en difíciles condiciones hasta sus provincias de origen:

...séame permitido hacerle presente que uno de esos oficiales se vio en la dolorosa necesidad de vender el capote con que se cubría, porque se moría de hambre y otros vagan por las calles sin hogar ni pan; y que unos pocos desesperados con su lamentable situación se han marchado al Cusco sin más auxilio que el pase libre que se les dio hasta Santa Rosa, teniendo que hacer a pie la travesía desde ese lugar hasta la Capital del Departamento distando 37 leguas, porque no tienen recursos con que pagar fletes de las bestias que necesitan, esto sin contar con que tiene que ir mendigando su alimento por el camino (Gamarra, 1880, p. 13).

La población y el propio ejército, cuyos soldados provenían del mismo pueblo, percibían que la situación no era favorable para mantener un ritmo de vida que satisficiera sus necesidades económicas básicas. La escasez de recursos y la falta de resultados bélicos en favor del Perú fueron ingredientes que provocaron un desmoronamiento en los ánimos de los ciudadanos.

Finalmente, tenemos que señalar que durante el segundo año de la guerra, se establecerán las condiciones para que el Perú vea truncadas todas sus opciones de victoria, así como para que se genere el hecho más dramático de esta etapa de la historia: la ocupación de la capital.

CAPÍTULO III

LIMA CONQUISTADA

Finalizada la batalla del Alto de la Alianza (Tacna, abril de 1880) con la victoria en favor de Chile, el general ayacuchano Andrés Avelino Cáceres decidió trasladarse junto con los heridos hacia Lima. Esta decisión generó el abandono de las últimas guarniciones del ejército nacional acantonadas en Arica, casi a su suerte, cuyo destino sería la derrota del 7 de junio de 1880. Inmediatamente llegado a la capital, Cáceres se pone a las órdenes de Nicolás de Piérola, quien por ese entonces buscaba organizar la defensa capitalina ante el inminente avance chileno.

La fuerza de ocupación

El fracaso de las conferencias en Arica que habrían significado la rendición del Perú, fueron la excusa perfecta para diseñar un plan de ocupación de la capital y así garantizar la victoria chilena. Uno de los artífices para dirigir la empresa bélica fue Patricio Lynch, persona de gran influencia con los políticos de su país y un hombre hábil en la preparación de estrategias militares. Antes de asumir la responsabilidad de comandar las tropas de ocupación de Lima, Lynch era el gobernador militar de Iquique, puesto obtenido gracias a sus hazañas militares y a su cercanía con el presidente Pinto *a quien lo unía una estrecha amistad desde sus días de colegiales en Santiago. Siguiendo las instrucciones del presidente chileno, prepara la conformación de una fuerza ligera mixta compuesta por unidades navales y terrestres con el fin de hacer sentir el*



Patricio Lynch.

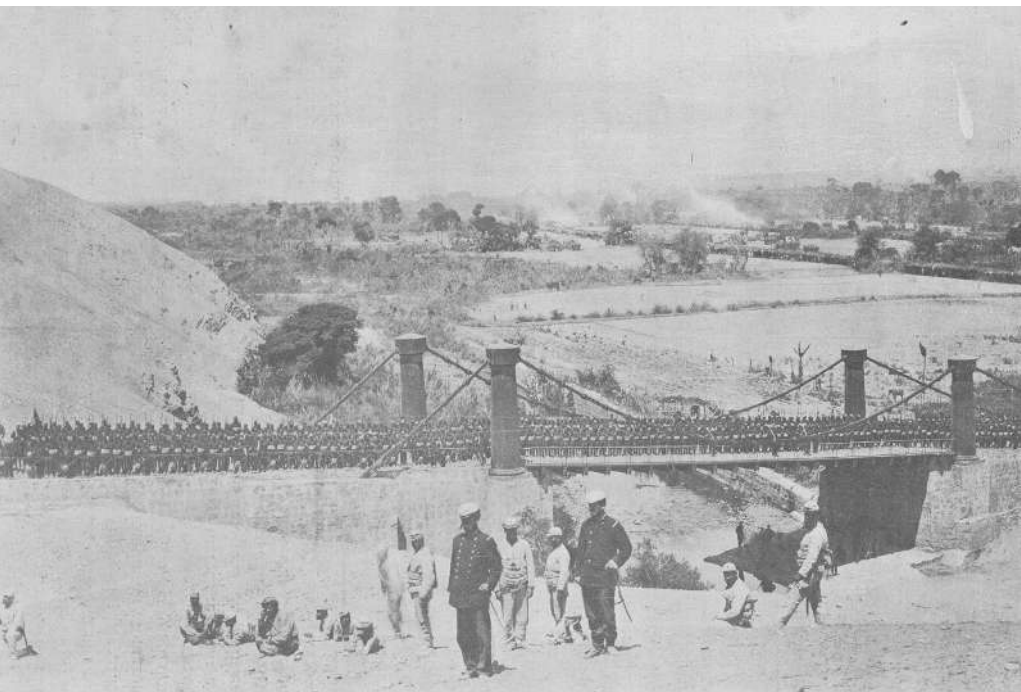
rigor de la guerra en aquellas partes del Perú alejadas de la realidad del conflicto (Torrice, 2012, p. 32).

La planificación chilena para ocupar militarmente la capital peruana fue producto de una estrategia elaborada durante casi seis meses, eligiendo como lugares de desembarco a Pisco, Chilca y Curayacu, continuando hasta *Lurín y Pachacámac, donde establecieron sus puntos de adiestramiento y preparación* (Rivera Serna, 1984, tomo I, p. 110).

Para los chilenos, desplazar a cientos de personas alejadas de sus fronteras, se convirtió en una tarea titánica, debido a que debían garantizar las condiciones logísticas para llevar con éxito el ataque de la capital peruana, tal como lo describe William Sater:

...reunir estos ítemes requería tiempo y en algunos casos, cierta arbitrariedad: para satisfacer las necesidades militares de animales de carga y monturas, las autoridades empezaron a confiscar mulas y caballos en las calles de la capital y en ciudades de provincia. Procurar el aparejo para montar resultó más difícil. También parecía tarea avasalladora satisfacer las necesidades de víveres diarios del Ejército. Alrededor de catorce mil oficiales y hombres consumían diariamente tres mil doscientos kilos de carne seca, cuatro mil novecientos de porotos, mil seiscientos ochenta cereales, dos mil ochocientas de galleta, dos mil ochocientas de harina tostada y setecientos de grasa. Por lo general los hombres también bebían o consumían dos a tres litros de agua; sus animales treinta. Por tanto, cerca de los cuatro mil de la expedición consumían ciento veinte mil litros de agua por día más seiscientos quintales de forraje; los soldados requerían otros cincuenta mil litros diarios (Sater, 2016, p. 292).

Cubrir toda esta logística demandaba un presupuesto financiero elevado. El respaldo económico fue conseguido gracias a la habilidad



El ejército chileno desfilando en Lurín.

de sus diplomáticos, quienes se encargaron de promover en el extranjero la victoria absoluta por parte de Chile. Este discurso, además de las victorias de su ejército, se convirtieron en los argumentos válidos para convencer a los inversionistas extranjeros, especialmente ingleses, a que apoyasen la causa chilena. Situación contraria tenía el Perú, que tenía serias deudas por saldar, lo que hizo muy difícil que a lo largo de la guerra consiguiese el apoyo financiero de algún país. De aquí radicó la importancia de las donaciones de los propios peruanos y de las actividades de la ciudadanía a lo largo de la guerra para mantener parte del accionar del ejército patrio.

Protegiendo la capital

La defensa capitalina intentaba apertrecharse de la mejor manera. Es así que sus batallones tenían una composición variopinta, no solo por sus vestimentas y armas, sino por la inexperiencia de un importante contingente de soldados, los cuales estaban conformados por los batallones provenientes de las provincias de nuestro país: los libres de Trujillo, los libres de Cajamarca, el batallón de Jauja, batallón de Pomabamba, batallón de Puno entre otros.

Esta situación alteró significativamente la vida de las personas, debido a que se dispuso por mandato que todos los hombres, *entre dieciséis y sesenta años entre las diez de la mañana y las dos de la tarde* (Sater, 2016, p. 297), serían convocados a realizar ejercicios bélicos en defensa de la patria; es por ello que Piérola decidió —tal como señala Sater— suspender durante cuatro horas toda actividad comercial. Quienes estaban exonerados de participar en el ejército de reserva nacional eran *médicos, farmacéuticos, clérigos, trabajadores de la salud o caridad u empleados del Ministerio de Guerra o el Gobierno. Para asegurarse de que la gente no huyera, el gobierno de Nicolás exigió un pasaporte a todos los que quisieron salir de la provincia excepto a los que estaban involucradas en el transporte de alimentos* (Sater, 2016, p. 297).

Lima tomada. Vida cotidiana durante la guerra contra Chile 1879-1883



Batalla de Chorrillos.

Finalmente, durante el mes de enero de 1881, se producirían los enfrentamientos armados. De un lado un ejército profesional como el chileno, del otro, una cuasi improvisada milicia defensiva peruana. El resultado en las batallas de San Juan y de Miraflores fue la derrota para el bando nacional.

El periodista Alberto Ulloa, quien participó como miembro del ejército de reserva narrará la crítica situación de la tropa durante el fragor de la batalla, describiendo el drama en el que estuvo envuelto el Perú durante las batallas por Lima:

...estaba lleno de los separados que huyeron en un horrible desorden; algunos de los heridos se arrastraban por el suelo, otros clamaban pidiendo ayuda, algunos con armas, otros sin; cubiertos con sangre, usando uniformes rotos, presentando el espectáculo más desgraciado (Ulloa, 1946, p. 90-91).

William Acland, agregado militar británico describió desde el bando chileno el desarrollo de la ocupación de Lima. Él se convertirá en un testigo clave para retratar los actos delincuenciales en contra de la población civil por parte de las tropas enemigas:

...tan pronto terminó la lucha, las tropas irrumpieron en las tabernas y las tiendas que vendían aguardiente, se emborracharon rápidamente y perdieron el control de sí mismos, y se dio lugar a escenas de destrucción y horror; que yo creo ha sido raramente visto en nuestros tiempos; las casas y las propiedades fueron destruidas, los hombres discutían y se disparaban entre ellos como medio de diversión, las mujeres fueron violadas, los civiles inocentes fueron asesinados. El cementerio se convirtió en un lugar en donde los soldados beodos practicaron sus orgías y hasta abrieron las tumbas para remover los cadáveres y dar paso a sus compañeros embriagados (Wu, 1986, p. 40-41).



Óleo de Juan Lepiani que ilustra la defensa del tercer reducto de Miraflores. Los reductos fueron posiciones defensivas escalonadas que tenían como finalidad frenar el avance chileno hacia la capital. En estos puntos muchos soldados peruanos dejaron la vida para defender el país.

El estado de agresividad de los soldados chilenos no debe parecer extraño, por el contrario, su conducta respondía al trato recibido por la oficialidad de dicho país. La milicia era tratada de forma casi inhumana, por ello su reacción barbárica en las confrontaciones militares o frente a la población civil:

...estando sobrios se portaban cortésmente, siempre dispuestos a saludar a un oficial, y aunque existía mucha más informalidad entre oficiales y soldados que en nuestro servicio, eran bien disciplinados. Frecuentemente se los azotaba con una vara de posaderas, propinándoles hasta 200 azotes. En todos había crueldad, pues al luchar no daban valor a sus propias vidas, y parecían casi insensibles al dolor. Yo vi como dos hombres, uno con un disparo que le había atravesado las dos mejillas, y el otro, con los dedos mutilados, seguían a su grupo y continuaban peleando; he visto a otros seriamente heridos merodeando por el pueblo de Chorrillos en busca de licor, en lugar de ir al hospital; parecían tener la creencia que estaba bien matar y aniquilar a todos sus enemigos, bien sea a sangre fría o no. Eran grandes bebedores y cuando encontraban algún licor abandonaban el campamento y escapaban completamente del control de sus oficiales, quienes no demostraron interés suficiente para detener los excesos, como debía ser (Wu, 1986, p. 52).

Los heridos nacionales fueron trasladados de emergencia a los improvisados hospitales preparados por las misiones religiosas, quienes decidieron establecer sus aposentos como los lugares de atención a los heridos en combate, demostrando que desde un comienzo de la guerra prestaron apoyo a la nación:

Entretanto los jesuitas dedican tiempo y cuidados a los heridos del propio hospital de sangre y de los demás



Enfermero de la Cruz Roja del Perú.



Personal médico de la Cruz Roja del Perú. Como en todo conflicto, el personal médico puso en riesgo su vida para salvar la mayor cantidad de vidas.

que funcionaban en Lima. Los padres Ministro y Astrian realizaron tal labor en la ambulancia de Santa Sofía...En el hospital de la exposición permanecía día y noche otro infatigable sacerdote, que estaba a punto de ingresar en el noviciado jesuita (Pacheco Vélez, 1968).

Aquellos que fueron tomados prisioneros por los chilenos durante las batallas, eran trasladados a la isla San Lorenzo, donde -al no encontrar el suficiente apoyo médico- fenecieron.

En tanto, los balnearios ubicados al sur de Lima eran destruidos. Los rezagos de las tropas peruanas que fracasaron en su intento por detener el avance del ejército chileno volverían a la capital peruana. Luis Alayza y Paz Soldán narró el ingreso de los soldados y la desazón vivida por ellos, al no encontrar un liderazgo que permitiera organizarlos para seguir luchando en favor de la integridad nacional:

...ingresando por la Plaza 2 de Mayo, seguidos por grupos de curiosos, quienes nos preguntaban si Baquedano había muerto o si lo teníamos prisionero. No detuvimos en la Plaza de Armas, mientras nuestros jefes entraban a Palacio a pedir órdenes, pero no hallaron con quien entenderse; se nos mandó soltar las armas, y algunos conseguimos que nos las dejaran en la ciudad si entraban los chilenos (Alayza y Paz Soldán, 1947, p. 410).

Otro personaje que resume el estado moral de las tropas derrotadas fue Pedro Dávalos y Lissón, quien participó activamente en la batalla de Miraflores, testificando la tensa situación vivida a pocos días del ingreso chileno a Lima:

....acompañado de Manuel Moreira y de mi hermano Jesús entramos a Lima, a las 12 a. m. de aquel pavoroso día (...) Yo y Jesús entramos en nuestra casa. Después de efusivos



Fosa común cavada después de la batalla en las pampas de San Juan.

abrazos, subimos al techo para enterrar los fusiles (...) Estando en la altura contemplamos las nubes rojizas que a mucha distancia iluminaban el cielo inmediato al miraflores pueblo, aquella noche incendiado por el invasor chileno (...) Mi madre presidió la mesa donde nos sentamos a cenar. Ella, mi padre, mis chiquillas hermanas nos hacían numerosas preguntas acerca del combate (...) Más tarde llegaron mis hermanos Enrique y Florencio, y cuando confirmaron la muerte de Carlos Dávalos, ocurrida en la batalla de San Juan el 13 de enero, considerase lo ocurrido tan insignificante al compararlo con la magnitud de la desgracia nacional y con la noticia que al día siguiente los chilenos entrarían a Lima, la saquearían y la incendiarían, que nadie derramó una lágrima, ni dejó oír un lamento (Dávalos y Lissón, 1947, p. 176).

Es sustancial manifestar que no existía en Lima, tal como señala Dávalos y Lissón, alguna familia que no tuviera algún caído durante la guerra, demostrándose así el impacto que hubo no solo en la honra nacional, sino en cada hogar.

La invasión

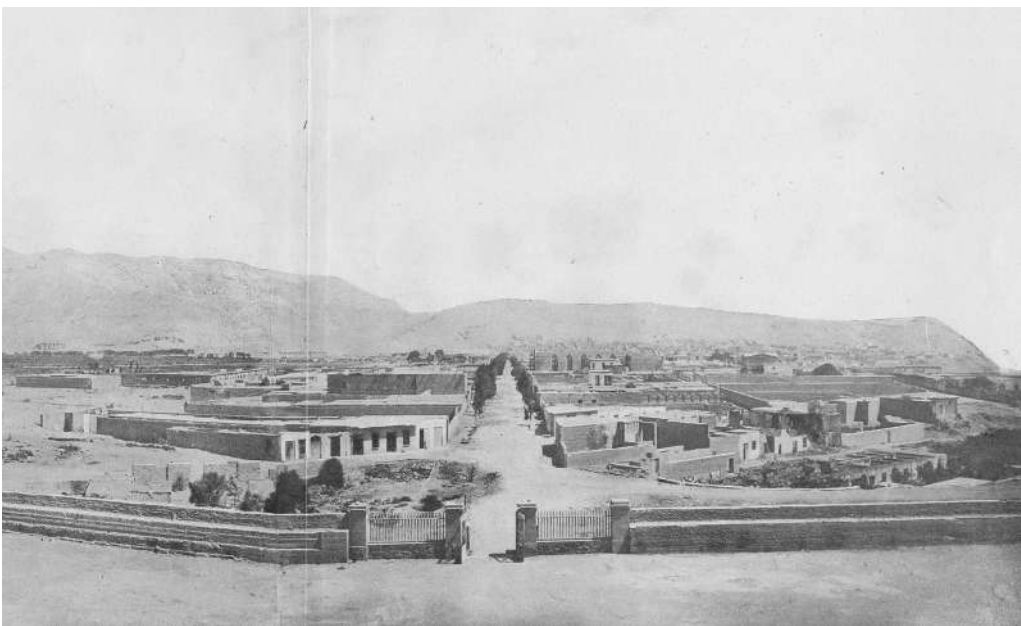
La ciudad de Lima, a punto de recibir al ejército invasor, era considerada como un centro cosmopolita por excelencia. De sus casi 100 mil habitantes, el 10% lo conformaban ciudadanos extranjeros, quienes habían asentado sus negocios en dicho lugar, encontrando en la capital peruana las condiciones necesarias para establecer una vida próspera y relacionarse con la clase alta nacional:

...la actividad de los negocios rivalizaba con el amor a los placeres en las orillas del Rímac. Llenaban la ciudad casas comerciales extranjeras, contratistas y negociantes,

tenderos franceses e italianos, industriosos mecánicos, pero, a su lado, prosperaban también iglesias y monasterios, así como tabernas, lugares de holganza y de vicio. Ciudad vasta y atareada, palpitante con miles de ideales y deseos, con múltiples intereses, potente y complicada máquina, no fácil de destruir y arruinar sin crimen por gran parte de su destructor (Markham, 1980, p. 206).

Por aquellos días todo el lujo, las fiestas y la algarabía, propias de una ciudad capital, desaparecieron; se podía vislumbrar por todos lados el luto de las familias ante la pérdida de hijos, padres, amigos e incluso algún conocido; el desconcierto en la ciudadanía podía palpase en la atmósfera, generado no solo por la pérdida bélica, sino por la orfandad familiar. A ello debemos sumarle el exponencial aumento del precio de los alimentos producto de su escasez, generando saqueos en los puestos de venta; se vivía un ambiente de intranquilidad en las calles y plazuelas limeñas:

...millares de ciudadanos que perecieron en las batallas de San Juan y Miraflores, en los días 13 y 15 de enero, dejaron en la orfandad a centenares de familias que no sabían quién ni cómo les daría el pan que aquellos padres, esposos o amigos les proporcionaban con su trabajo. Para aumentar sus angustias, el precio de los principales artículos de alimento, como el trigo, el arroz, la carne, etc. había subido a precios fabulosos, tanto por la depreciación del billete fiscal, cuanto por la escasez consiguiente de un largo bloqueo (...) Familias que vivían con comodidad y desahogo, con el alquiler de las casas de aquellos tres pueblos incendiados, se encontraron en tres días, reducidas a la miseria, sin tener medios de subsistencia, ni casa en qué vivir (Paz Soldán, 1979, tomo III, p. 111).



Vista panorámica de Chorrillos después de la batalla.



Calle chorrillana devastada después de la batalla.

Esta tranquilidad fue violentada producto de la desesperación, la anarquía y la desesperanza; incluso los chinos residentes en la capital, sufrieron la represión debido al apoyo de un sector de este grupo social hacia los chilenos: *en este texto se precisan los lugares donde se produjo el entendimiento hay una concentración asiática y aun cuando esa relación no haya sido determinante de nuestra derrota, se toman esos vínculos como traición al Perú* (Guerra, 1991, p. 71).

Este tipo de reacciones se debían a que carecíamos de un gobierno real. El temor y la inseguridad irradiaban en todos los rincones de la capital. Producto de esta situación fue la aparición de conciudadanos armados, quienes al intentar retomar el orden y enfrentar una vez más a los chilenos, amenazaban la integridad de sus compatriotas, generando saqueos, tal como lo testimonia Zoila Cáceres, quien en su libro *La Campaña de la Breña* rememora un ambiente de tristeza que invadía a hombres y mujeres, quienes esperaban la llegada del invasor:

...noches siniestras fueron las del 15 y 16, sin luz aumentaba la tristeza de sus habitantes, las moradas estaban cerradas por el común duelo de la patria, todos los espíritus unidos en un gran sentimiento de consternación; las mujeres lloraban a los pies de las imágenes santas que alumbraban cirios y lámparas en alcobas abigarradas; los hombres impotentes se rebelaban contra el destino adverso como en las grandes catástrofes, reconociendo que ya habría librado la última partida y que todo estaban perdido, algunos crédulos no se daban por vencidos (Cáceres, 1921, p. 121).

Sin embargo, este tipo de acciones por parte de los contingentes de resistencia al interior de la ciudad no tuvo gran trascendencia. El 18 de enero de 1881 —tal como nos sigue narrando Zoila Cáceres— se escuchó el sonido del redoble de tambores y el paso marcial del vencedor desfilando por las calles de Lima; mientras los negocios se encontraban cerrados, había casas abandonadas y un sinfín de

banderas extranjeras flameaban en diversas casas con el fin que fueran consideradas de propiedad foránea y así evitar el saqueo o incendio por parte de los chilenos.

Mientras la población civil buscaba diversos medios para sobrevivir frente a un escenario de destrucción por parte de las tropas chilenas, los rezagos del ejército nacional intentaban inutilizar el poco material bélico que quedaba. De esta manera *el capitán de la Unión navegó el último buque de guerra de Perú hasta el centro de la bahía de Callao, donde le prendió fuego; el Atahualpa sucumbió por un torpedo. Los peruanos destruyeron tan minuciosamente los transportes Rímac, Tumbes, Limeña, Chalaco y Talismán que los chilenos tuvieron que subastar los restos como chatarra* (Sater, 2016, p. 324-325).

Antes que el ejército enemigo llegue a la capital, una parte importante de los ciudadanos decidió irse de Lima; quienes no tenía la capacidad de movilizarse hacia otro lugar decidieron permanecer en sus casas:

...una sexta parte de la población, entonces de cien mil habitantes, había huido con numerosos días de anticipación a Chancay, Ancón, Huacho a los buques de guerra y mercantes del Callao, habiéndose alejado algunas familias hasta Tarma y Jauja. En la ciudad, los conventos y hasta los templos habíase convertido en campamento de refugiados (Dávalos y Lissón, 1941, p. 181).

Aquellos que no llegaron a huir de Lima decidieron pedir asilo a las diversas embajadas extranjeras o instituciones religiosas cuyo saqueo o destrucción era improbable. Este fue el caso de la poeta Lastenia Larriva. Sin embargo, esto no impidió que la desgracia de la nación impactase en su vida personal, debido a que su esposo y familiares fenecieron durante la defensa capitalina:

Entre la mañana del 17 de enero y al atardecer de ese mismo día llegaron cientos de refugiados a conventos, colegios y consulados. Lastenia Larriva, quien años después recordaría el instante cuando recibió la noticia sobre el arribo de los chilenos a las puertas de su hogar, cuenta como ella y su familia buscaron asilo en el Colegio Belén. En este lugar, aparentemente resguardado por la bandera francesa, Larriva recibió dos noticias que la conmovieron profundamente: una de ellas fue el desastre de la patria y el otro la muerte de su esposo, quien junto a su hermano y su cuñado cayeron peleando en Miraflores. A partir de ese momento Larriva y su hermana lucieron las tocas de viudas (McEvoy, 2011, p. 346).

Otro lugar elegido por los temerosos ciudadanos capitalinos eran los centros eclesiásticos, debido a que los chilenos tendrían bastante recelo en dañar edificaciones vinculadas al pensamiento católico.

El periodista chileno Daniel Riquelme, quien ingresó con el ejército de su nación, señala como se encontraba Lima mientras el ejército rival desfilaba por las calles de la capital:

Las veredas de las calles, puertas de habitación, todo estaba repleto de gente y tras las celosías de los balcones se dibujaban cabezas apiñadas que aguitaban el desfile imponente de la tropa, llevados de la irresistible curiosidad de ver por fin a los formidables rotos de Chile (...) (Riquelme, 1885, p. 49).

Riquelme señala que los ciudadanos peruanos mostraron cierta admiración; sin embargo, discrepamos con este tipo de posición dado que la población limeña no tenía las mejores referencias de las tropas rivales, quienes decidieron utilizar diversas instalaciones públicas como la Biblioteca Nacional y la Universidad San Marcos, entre otros espacios, para albergar a sus oficiales y soldados durante la ocupación. Incluso su propio compatriota Pascual Ahumada y Moreno señala una actitud peruana distinta a la manifestada por Riquelme:

...las celosías permanecían cerradas y no se abrió una sola ventana de las que daban a la calle. Este fue el sentimiento general de la población. Muchos eran también los heridos que se cerraban en sus casas, fuera de las ambulancias que apenas se daban abasto, como las que se establecieron en San Carlos, Santa Sofía, San Pedro y otros lugares, sin contar los hospitales (Ahumada, 1979, tomo IV, p. 93).

La situación de la ciudad durante las primeras semanas de instalación chilena era sumamente tensa, tal como testifica Antonia Moreno, producto de la presencia del enemigo, el cual había de controlar la capital limitando el acceso a todos los espacios públicos de Lima: *no era fácil, pues, circular en ese ambiente dominado por el enemigo* (Moreno, 1974, p. 16). Por tanto, la mayor parte de las calles se encontraban vacías, los mercados no tenían la presencia de compradores y vendedores. Era lógico suponer el estado de angustia y tensión por parte de los limeños.

La convivencia

En los primeros meses de ocupación, los chilenos aprovecharon la infraestructura nacional. Es así que convocaron a toda la oficialidad para la celebración de misas fúnebres en honras a sus caídos en pleno corazón limeño:

...el 27 de enero el capellán del ejército invasor, Florentino Fontecilla, solicitó permiso para celebrar honras fúnebres en la catedral de Lima, en memorias de los militares chilenos muertos en la acción de Miraflores, permiso que fue denegado por el canónigo Manuel Santiago Medina. No obstante ello, Baquedano se impuso y las ceremonias se realizaron el 3 de febrero (Rivera Serna, 1984, tomo I, p. 20).

Conforme pasaron los meses, los ciudadanos retomarían tímidamente sus actividades. Los limeños, al salir a realizar compras al mercado o a reunirse en la misa de los domingos, eran testigos de como el ejército chileno saqueaba los inmuebles de la Universidad San Marcos y de la Escuela de Bellas Artes y Oficios, en los que se adiestraba al cuerpo profesional y técnico de nuestro país. Esto provocó la ira y frustración del limeño, quien no podía realizar alguna acción concreta para detener el saqueo, sino llorar o simplemente vociferar tímidamente su indignación:

...como el propósito era destruir y saquear, convirtieron en cuarteles el Colegio de San Carlos, en donde funcionaba la célebre Universidad de San Marcos, con las distintas facultades que la componen, y la nueva Escuela de Minas; la Escuela de Medicina, llamada ántes Colegio de San Fernando; la Escuela de Artes y Oficios, el Colegio Militar, todos establecimiento destinados al estudio de las ciencias y de las artes, los primeros en Sud-América por sus espaciosos locales, ricas bibliotecas, preciosos surtidos de máquinas, instrumentos, aparatos y de cuantos elementos pueden necesitarse para la más alta instrucción en los diversos ramos del saber, y de un mobiliario magnífico (Paz Soldán, 1979, tomo III, p. 115).

Este ímpetu por tomar posesión de recursos ajenos era una actitud propia de los ejércitos invasores, en los que no había control alguno de sus efectivos e incluso estos contaban con la posible complicidad de su Estado Mayor. Se sumaba a ello la riqueza aparente de la ciudad capital, tal como lo testimonia el coronel chileno José Miguel Varela:

...así, en este periplo, llegamos a la Plaza Mayor de Lima, donde además de poder admirar con mayor calma el Palacio de Pizarro o Palacio de los Virreyes, donde estaba instalado

el Cuartel General Chileno con nuestra bandera al tope, conocimos la Catedral. Ingresamos al hermoso templo que a sus costados poseía dos capillas. En la de la izquierda, en una cripta de granito, había una placa que señalaba que allí yacían los restos de Francisco Pizarro, el primer virrey del Perú. Alrededor de la Plaza Mayor, y en sus inmediaciones, había numerosas casas de los tiempos de la colonia española, la mayoría de dos pisos, con hermosos balcones de maneras labradas y con delicadas terminaciones. Dicha plaza, la parte más importante de la ciudad, tenía en su centro una gran y centenaria fuente de bronce, que estaba equidistante del Palacio de los Virreyes, de la Catedral y del edificio del Cabildo (Parvex, 2007, p. 198).

Para el mes de abril se ingresaba a otoño y los soldados chilenos comenzaron a sentir los cambios del clima, propios de la capital peruana, lo que podía provocar enfermedades entre las tropas invasoras:

A comienzos de abril de 1881 cambió totalmente el clima de la ciudad. Comenzaron las lluvias, con un clima templado que daba paso a uno o varios días de sol, incluso de calor, y luego más lluvias y por todos lados se colaban miles de mosquitos que con su aguijón atacaban a nuestras tropas (Parvex, 2007, p. 210).

A pesar de este tipo de problemas, los chilenos se asentaron en territorio nacional. De esta manera, fueron testigos del desarrollo de las tradiciones peruanas, demostrando sorpresa por la presencia de los aguadores: *los primeros eran generalmente hombres que guiaban una tropilla de burros, cada uno con dos barriles de madera con agua clara y limpia, que vendían en las casas para el consumo de la gente* (Parvex, 2007, p. 198). Esto lo describía el general Varela, quien, además, destacaba el rol de las lecheras, oficio dominado por las



mujeres, quienes proveían de leche a los diferentes hogares limeños. Lo que nos lleva a deducir que estos oficios tuvieron mucha mayor actividad durante esta época, debido a que en los primeros meses las familias evitaban salir a las calles por la presencia del enemigo y de los peligros que significaba su presencia en suelo patrio.

El comandante chileno Patricio Lynch fue designado gobernador interino de Lima. Una de sus primeras medidas fue garantizar la neutralidad de los extranjeros en este conflicto y que, por ende, su integridad física y sus pertenencias fueran respetadas.

La «normalización» de la vida cotidiana generó que muchas personas regresaran a sus actividades, como el caso de la francesa Adriana de Verneuil, quien estudiaba en un convento exclusivo para señoritas desde los inicios de la guerra. En plena ocupación ella anotó la poca asistencia de las estudiantes, porque muchas de sus familias decidieron huir de Lima o no tenían los medios para mantener su asistencia en la escuela:

Muy pocas niñas vinieron ese año al colegio no solo de provincias sino del mismo Lima sin quererse separar de los seres queridos, en el momento del peligro que todos presagiaban (...) solo tres alumnas éramos las de la segunda división ese año: Estefanía Gonzales, Ester Bielich y yo. Todo el clan chileno había desaparecido: las Irrarázabal y sus primas hermanas las Casanuevas, la Godoy y unas cuantas chicas más. Era un gran bien, pues resultaba muy difícil disimular ante ellas nuestras impresiones de a cada rato buenas o adversas, según las circunstancias (Verneuil, 1947, p. 183).

Luís Alayza y Paz Soldán narra, a través de los comentarios de sus padres y hermanos, lo difícil que era la vida durante la administración de Patricio Lynch. Incluso, las mujeres demostraban bastante resistencia frente al acoso sufrido por los soldados chilenos. Salvo excepciones, fueron muy pocas las que entablaron una relación personal:



...años después el Coronel Estanislao del Canto absolviendo el reportaje de una revista de Santiago jactábase de sus conquistas amorosas durante la ocupación y de cómo las damas de la alta sociedad de Lima se le entregaban; pero en el número siguiente de la misma otro Coronel, cuyo nombre según mis recuerdos era Boonen lo desmintió en forma categórica declarando que la actitud de las limeñas fue un ejemplo de dignidad y patriotismo, que salvo contadísimas excepciones en ningún hogar se recibía a los chilenos (Lecaros, 1979, p. 107).

La situación de las mujeres, por ende, no era fácil. Caminar por las calles se convertía en un peligro, convirtiéndose en víctimas del incesante acoso por parte de los soldados enemigos. Frente al temor, decidieron disfrazarse de hombres, colocarse ropas anchas que les permitieran disimular su aspecto físico e incluso encerrarse en casa la mayor parte del tiempo:

...las damas no asomaban a la calle; no se les veía en ninguna parte. A misa iban muy de madrugada, bien arrebozadas, en sus elegantes mantas chinas, cuyos tupidos encajes ocultaban parcialmente sus bellos rostros. Los chilenos decían se nos había informado que las limeñas eran muy bonitas, pero ¿dónde están que no las vemos? (Moreno, 1974, p. 16).

Otro de los problemas en 1881 era el funcionamiento irregular de los servicios del Estado, con excepción de los mercados; los Tribunales de Justicia, por ejemplo, decidieron suspender sus actividades y de esta manera evitar someterse a la administración del régimen enemigo. Frente a la falta de seguridad jurídica por parte de dichas instituciones y para proteger las propiedades de los ciudadanos peruanos, algunas personas decidieron colocar sus pertenencias a nombres de los extranjeros: *consistía este en simular*



transferencia de sus propiedades a nombre de algunos extranjeros, i colocarlas de esta manera bajo el amparo y la protección de los ministros diplomáticos (Barros, 1979, p. 352). Los peruanos no tenían los medios militares y legales para garantizar su bienestar y el de sus bienes muebles.

La manera de administrar justicia de los chilenos era sancionar con castigos ejemplares a aquellos que no siguieran sus lineamientos y normas de conducta, como el caso de dos asiáticos, *quienes promovieron desórdenes en el Teatro Chino, sorprendidos con armas en la mano* (La Actualidad, 4 de abril de 1881, p. 1). Ambos fueron flagelados hasta perder la vida, lo que dejaba claro la rudeza con la que los militares invasores sancionaban las faltas. Estas acciones demostraban que no se permitirían conductas de tipo inapropiado.

Si realizamos un balance del primer año de ocupación, tuvieron que crearse distintas leyes para regular la vida de la capital. Se tuvo que transformar el sistema administrativo e incluso fue la oportunidad para que las tradiciones «burguesas» sean cuestionadas y las costumbres populares puedan ser practicadas sin restricciones o cuestionamientos. Por ejemplo, se implantó «naturalmente» las peleas de gallos, prohibidas por la élite capitalina.

Pero ello no fue motivo suficiente para frenar totalmente los permanentes intentos de robo al que estaba sometida la población limeña, tal como testimonia Antonia Moreno:

...repuesta del susto, me dirigí a pedir alojamiento a alguna amiga porque mi casa en San Idelfonso estaba en poder del jefe chileno que vivía al frente. Este soñó, sin duda, que la ocupación de Lima por sus tropas le daba derecho para adueñarse de las mansiones pertenecientes a los jefes peruanos y, a mano militar, se instaló en mi



Matrimonio de la época. El tradicional blanco de los vestidos de novias fue cambiado por el negro como señal de luto.

domicilio. Parece que mi salón de palo de rosa y damasco perla y carmesí, atrajo sus simpatías; pues sin más preámbulo, ordenó que lo trasladasen a su residencia. Su amor a los ajeno era decidido pues en casa no queda nada (Moreno, 1974, p. 18).

En agosto de 1881 se conformó el gobierno transitorio, llamado el Gobierno de La Magdalena, liderado por Francisco García Calderón. Ello representó un gran alivio para la población, porque aparentemente se podría establecer un tratado de paz que cesara las hostilidades en contra de la población civil; sin embargo, el objetivo de los chilenos era que los peruanos firmaran la cesión de territorio nacional. La negativa de la representación gubernativa nacional generó que muchos de los representantes del gobierno transitorio fueran conducidos a campos de prisioneros en la ciudad chilena de Rancagua, provocándose el pesar en la población peruana frente a esta situación a la que eran sometidos sus compatriotas.

Esta situación provocó una nueva tensión entre la población civil y los militares chilenos, lo que generó que Lynch diera un plazo de 15 días a los limeños para que entregaran toda clase de armas que tuvieran en su poder. La pena que se aplicaría a los infractores consistía en la multa de 10 veces el valor del armamento incautado o la prisión, en caso que no se efectuase el pago:

...un buen número de limeños son sentenciados a la pena de apaleamiento por portar armas en el año de 1881. Así a Rocco, Delgado y Patricio Reyes se les encontró armas, siendo condenados al pago de una multa; los dos primeros pagaron, no así el tercero. A otro limeño de apellido Buitrón, fue hallado con tres rifles y sables. Realizada la investigación se sancionó al administrador del predio, Álvarez Pinillos a la pena de 6 años de prisión o al pago de 1340 pesos (Reyes, 1984, tomo II, p. 67).

Esta medida respondió a los intentos de los peruanos de atentar contra la integridad de los chilenos; pero, también se convirtió en una oportunidad perfecta para garantizar estratégicamente los recursos necesarios para la manutención de las tropas chilenas. Lynch, durante su permanencia como máxima autoridad en Lima, decidió con el paso de los meses mermar la carga tributaria en favor de los peruanos: *tomó en consideración las condiciones locales e incluso, redujo la carga financiera cuando alguna economía regional era débil* (Sater, 2016, p.358).

Algunas instituciones del Estado peruano intentaron volver a funcionar, como por ejemplo, el Poder Ejecutivo, ubicado en la ciudad de Arequipa y liderado por Lizardo Montero. Personajes como Manuel Candamo y Carlos Elías, a fines de 1881, expresaban su preocupación por *la necesidad urgente de arbitrar recursos para los gastos de la administración* (Puente Candamo y de la Puente Brunke, 2016, p. 77); es decir, cubrir los servicios de la burocracia. Sin embargo, no tendrían éxito debido a que la recaudación aduanera, que brindaba mayores recursos, estaba destinada a cubrir la demanda de las tropas de ocupación, por tanto era difícil que un gobierno nacional en estas condiciones brindará un funcionamiento básico a la población.

El último año

En 1882, la situación comenzó a normalizarse; evidencia de ello es el regreso de algunas familias, quienes huyeron frente a la amenaza que significaba la presencia chilena:

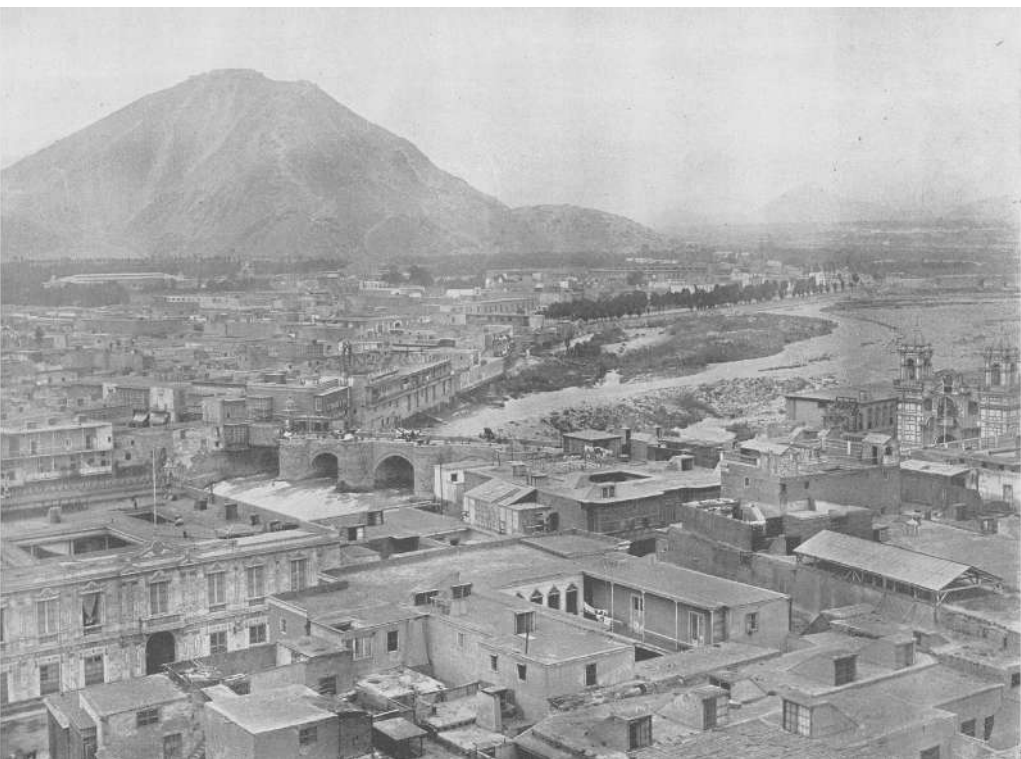
De noche, especialmente, se ven llegar a muchas familias con sus servidumbres, y pequeñas maletas que cargan dos zambos. Ya en uno que otro balcón asoman caras pálidas,

de ojos negros, que no revelen grandes cóleras, pero que inspiran muchos sueños (Riquelme, 1885, p. 147).

En el ámbito político, los norteamericanos reaparecieron en la escena al proponer la firma de paz entre Chile y Perú. Las intenciones americanas, en esta mediación, eran apoderarse de Tarapacá. Para ello, les convenía que el Perú aún mantuviera dicha provincia y así tener opciones de monopolizar el salitre; pero, su falta de fuerza bélica en el Pacífico les impidió intimidar a los chilenos a su voluntad. Sin embargo, lo que no realizó el poder bélico, lo podría hacer la diplomacia; siendo Hurlbut el artífice de persuadir a los chilenos, quienes producto de su victoria obtendrían otro tipo de recompensas, como facilidades comerciales y un pago indemnizatorio del Perú para que el territorio tarapaqueño quedara en posesión peruana. Por circunstancias de la vida, el presidente norteamericano James Garfield, quien respaldaba este tipo de políticas internacionales, falleció; y este plan no tuvo el apoyo del nuevo mandatario Chester Arthur, quien ordenó que el gobierno de su país evitara la intervención en este conflicto.

Los peruanos, finalmente, tuvieron que aprender a convivir con un enemigo al interior del país. De esta manera, era constante en la geografía urbana ver desfilar a soldados enemigos, que el mercado fuera controlado por la administración chilena y que incluso esta manejara la reestructuración de la burocracia nacional; como, por ejemplo, el control de las partidas de nacimientos, que fue delegado a la alcaldía y que anteriormente estuvo a cargo de la Iglesia.

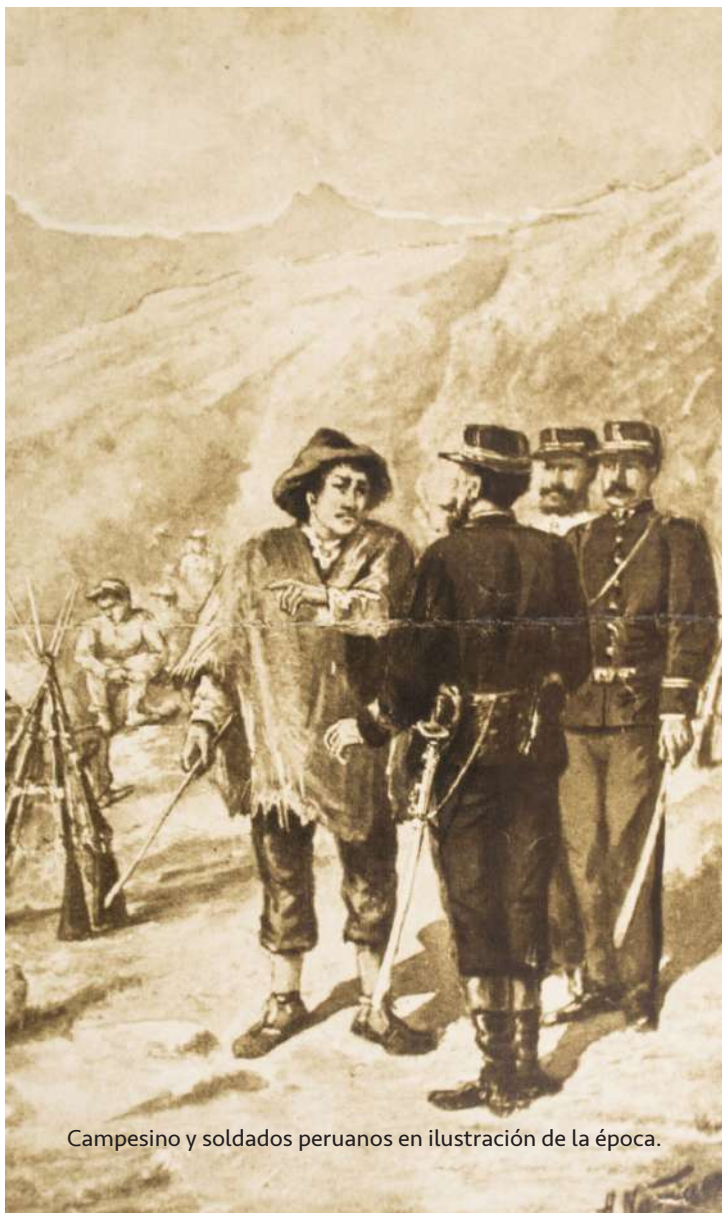
Es importante señalar que la expectativa de la población levemente comenzó a cambiar a partir de 1883, debido a las victorias de Cáceres durante la llamada Campaña de la Breña; incluso se creía en una remota posibilidad de expulsar a los chilenos. Esta situación llevó al presidente chileno, Domingo



Santa María, a proponer la compra de Arica y Tacna como salida para terminar la guerra.

José Antonio Lavalle, el hombre que fue el negociador en los inicios de la guerra, volvería al país: *llegó al Callao el 1 de marzo de 1883 (...) Cabe observar que, en el seno de las reuniones de los peruanos desterrados en Chile, Lavalle había sido partidario, junto con algunos otros de sus compatriotas, de no aceptar en ningún caso la venta de Tacna y Arica porque daba a Chile título perfecto, e impedía toda expectativa de reivindicación en el futuro* (Pereyra, 2010, p. 104). Por ende, a pesar de la situación tan contraria a nuestro país, se tenía la esperanza que no se cedieran dichos territorios. La derrota de Cáceres y el respaldo de Miguel Iglesias fueron finalmente las condiciones suficientes para lograr el anhelo chileno de la cesión de Tarapacá y el cautiverio de Arica y Tacna por 10 años, que se extendió en casi 50 años. Importante sería que se profundice en el estudio de la vida cotidiana de estas provincias durante la ocupación chilena.

Como hemos apreciado, las anécdotas y pormenores en torno a la vida cotidiana son múltiples al momento de describir el comportamiento de la población, la preocupación, la desazón por las derrotas y el acoso a los civiles, quienes sufrieron el horror de una guerra en toda su magnitud, una situación en la que los limeños de antaño fueron actores.



Campesino y soldados peruanos en ilustración de la época.

CONCLUSIONES LAS LECCIONES DE LA GUERRA

Abordar un tema como la guerra del Pacífico provoca distintas reflexiones. De un lado, en el ámbito académico, reconstruir la vida cotidiana durante esta coyuntura se convierte en una tarea nada sencilla, como habíamos señalado en las líneas introductorias, porque requiere de un meticuloso trabajo de análisis de las fuentes y del contraste de los puntos de vista de sus autores. Considerados como autodocumentos, las fuentes se convertirán en una herramienta fundamental, en este caso, para narrar aspectos que muchas veces son eclipsados por la intencionalidad original del autor al narrar hechos bélicos y políticos.

De otro lado, al momento de abordar la guerra contra Chile como un tema nacional, consideramos que en este hecho histórico puso a prueba nuestra capacidad política, militar y económica. La derrota desnudó el proyecto de nación construido durante gran parte del siglo XIX como un fracaso, demostrando sus múltiples taras, como la desunión de los sectores dirigentes, la improvisación del nuestro sistema defensivo y la endeble capacidad financiera para asumir el cuidado de la integridad territorial; sin embargo, este tipo de lecciones son extraídas de las secuelas.

En el texto hemos podido apreciar que originalmente la confianza y la emotividad fueron ingredientes fundamentales para que la población respalde a su dirigencia. Todos se encontraban ilusionados con una victoria fácil y rápida. Si los resultados no hubiesen sido

adversos, la historia se hubiese contado de forma distinta y tal vez las expresiones sociales y culturales hubiesen hecho referencia a la heroicidad triunfadora de Prado, el eficaz rol del civilismo, Piérola hubiese sido un actor eclipsado, Grau y Bolognesi posiblemente engrosarían la fila de militares partícipes de este proceso, pero este escenario no fue el que aconteció. El tiempo y los resultados cambiaron el panorama de los testimonios y conforme la situación fue adversa para el bando peruano, la narración se volvió dramática.

No debe por lo tanto extrañarnos la decadencia en los ánimos de la población al alterarse su vida en cuanto a la alimentación, al leer noticias contrarias a los intereses nacionales, al escuchar los testimonios de la situación crítica de los soldados enviados al teatro de operaciones o al desorden de la dirigencia nacional. El entusiasmo original era producto de la confianza de un pueblo que deseaba que su país saliera triunfador y del momento de unidad que creía que debía tener con su gobierno. El problema es que no se contó con una evaluación más objetiva, no se controlaron los ánimos y, menos aún, se tomaron las medidas correctas al momento que las derrotas se sucedían una tras otra.

Construir la vida cotidiana de aquella época nos invita a reflexionar sobre los ánimos contemporáneos de la población y a entender determinadas acciones y reacciones; queda en nosotros el aprender del pasado y, como ciudadanos, buscar entender lo más objetivamente un hecho y no asumir críticas que pueden obnubilar nuestra racionalidad.

FUENTES

Ahumada Moreno, Pascual. (1892). *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencia y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia, 1884-91*. Tomo VI. Valparaíso: Imprenta Excelsior.

Alayza y Paz Soldán, Luis. (1947). *Historia y romance del viejo Miraflores*. Lima: Edit. Cultura Antártica.

Barros Arana, Diego. (1979). *Historia de la Guerra del Pacífico (1879-1881)*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Cáceres, Zoila Aurora. (1921). *La campaña de la Breña. Memorias del Mariscal del Perú don Andrés Avelino Cáceres, 1881*. Lima: Imp. Americana.

Caivano, Tomasso. (1979). *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*. Lima: Publicaciones del Museo Naval.

Castro Flores, Ángel. (2008). *La prensa limeña en la guerra con Chile, 1879-1884*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Alas Peruanas.

Certeau, Michael de. (1996). *La invención de lo cotidiano. 1.- Artes de hacer*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

Chaupis Torres, José y Rosario, Emilio (compiladores). (2007). *La Guerra del Pacífico. Aportes para repensar su historia*. Volumen I. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Editorial Línea Andina.

Chaupis Torres, José; Colán, Martín; Rosario, Emilio y Salazar Zapatero, Héctor A. (compiladores). (2010). *La Guerra del Pacífico. Aportes para repensar su historia*. Volumen II. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Chaupis Torres, José. (2012). *El califa en su laberinto: esperanza y tragedia del régimen pierolista (1879-1881)*. Lima: Seminario de Historia Rural Andina, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Dávalos y Lissón, Pedro. (1941) *¿Por qué hice fortuna? Relato inspirado en el recuerdo de una vida dedicada a conseguir la independencia y la tranquilidad de espíritu que da la posesión del dinero adquirido y guardado no con avaricia*. Volumen 1. Años de 1883 y 1885. Lima: Imprenta y librería Gil.

Delgado, Luís Humberto. (1965). *Guerra entre el Perú y Chile, 1879: de la historia del general Mariano Ignacio Prado con documentos originales e inéditos*. Lima: Editorial Ariel.

Fuentes, Manuel Atanasio. (1881). *Ramillete o repertorio de los más piramidales documentos oficiales del gobierno dictatorial, con una parodia al lado en vil verso redactada por fray Benito Encalada, Montestruque y Maldonado*. Lima: Imprenta del Universo.

Gamarra, Manuel. (1880). *Manifiesto sobre el combate de los Ángeles y disolución de los batallones granaderos del Cuzco, Canas y Canchis*. Cuzco: Imprenta de El Centinela.

Guerra Martinière, Margarita. (1991). *La ocupación de Lima (1881-1883). El gobierno de García Calderón*. Lima: Dirección Académica de Investigación de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero.

La Actualidad. (4 de abril de 1881). Imprenta del Diario Oficial El Peruano.

Lavalle, José Antonio de. (1979). *Mi misión en Chile en 1879*. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú.

Lecaros, Fernando. (1979). *La guerra con Chile en sus documentos*. Lima: Ediciones Rikchay.

Markham, Clements R. (1980). *La guerra entre Perú y Chile*. Lima. Editorial Ermar.

Mayer, Dora. (1992). *Memorias*. Tomo II. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina.

McEvoy, Carmen. (2011). *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la guerra del Pacífico*. Lima: Centro de Estudios Bicentenario.

Moreno de Cáceres, Antonia. (1974). *Recuerdos de la campaña de la Breña*. Lima: Editorial Milla Batres.

Mücke, Ulrich y Velásquez, Marcel (editores). (2015). *Autobiografía del Perú Republicano: ensayos sobre historia y la narrativa del yo*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

Pacheco Velez, César. (1968). Trayectoria histórica de los jesuitas en el Perú. En *Mercurio Peruano*, N.º 473, p. 253-285. Lima.

Parra, Germán. (1981). La rabona: mujer-soldado. En Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. *La gesta de Lima: 1881-13/15 enero-1981*. Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra.

Parvex, Guillermo. (2007). *Un veterano de tres guerras. Recuerdos de José Miguel Varela*. Santiago de Chile: Academia de Historia Militar.

Paz Soldán, Mariano Felipe. (1979). *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. Tomos I, II y III. Lima: Milla Batres.

Pereyra, Hugo. (2010). *Trabajos sobre la guerra del Pacífico y otros estudios de historia e historiografía peruanas*. Lima: Asociación de Funcionarios del Servicio Diplomático del Perú, Fundación M. J. Bustamante de la Fuente, Instituto Riva-Agüero.

Puente Candamo, José Agustín de la y Puente Brunke, José de la (editores). (2016). *El Estado en la sombra. El Perú durante la ocupación chilena. Documentos administrativos (diciembre de 1881- julio de 1882)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Quiroz, Rubén. (2009). *La guerra del Pacífico en el teatro peruano*. Lima: La Casa del Libro Viejo, Universidad Alas Peruanas.

Reyes, Alejandro. (1984). La guerra del Pacífico: pasado y presente. En Reyes, Alejandro; Kapsoli, Wilfredo...[et al.]. *La guerra del Pacífico*. Tomo I. Lima: Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Riquelme, Daniel. (1885). *Bajo la tienda: recuerdos de la campaña al Perú y Bolivia, 1879-1884*. Santiago de Chile: s/e.

Rivera Serna, Raúl. (1984). La ocupación chilena de Lima: aspectos político-administrativos. En: Alejandro Reyes, Wilfredo Kapsoli et all. *La guerra del Pacífico*. Tomo I. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Rosario, Emilio. (2013). *Parlamentos en conflicto*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina.

Salvador Caveró, José. (1972). Recuerdos de la guerra con Chile. En *Boletín del Instituto Riva-Agüero*. N.º 9, pp. 17-34. Lima: Instituto Riva-Agüero.

Sater, William. (2016). *Tragedia andina. La lucha en la Guerra del Pacífico (1879-1884)*. Santiago de Chile: Centro de investigaciones Diego Barros Arana.

Torrico Lapoint, Alan. (2012). *Nuestros gringos. Historia del cuerpo consular norteamericano en la costa norte del Perú durante la guerra del Pacífico*. Lima: Instituto Cultural Peruano Norteamericano.

Ulloa Cisneros, Alberto. [1881] (1946). Lo que yo vi. Apuntes de un reservista sobre las jornadas de 13 y 15 de enero de 1881. En *Escritos históricos*. Buenos Aires: Espasa- Calpe.

Vargas Ugarte, Rubén. (1970). *Guerra con Chile. La campaña de Tacna y de Lima. Documentos inéditos*. Lima: Editorial Milla Batres.

Verneuil de Gonzales Prada, Adriana. (1947). *Mi Manuel*. Lima: Editorial Cultura Antártica.

Wu, Celia. (1986). *Testimonios británicos de la ocupación de Lima*. Lima: Editorial Milla Batres.

Zanutelli, Manuel. (1981). Semblanza antológica de la época. En Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. *La gesta de Lima:1881-13/15 enero-1981*. Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra

ÍNDICE Y PROCEDENCIA DE LAS IMÁGENES

«[LOS CIVILISTAS Y LOS HÉROES]». Polar. [1908]. Ilustración. En *Fray K. Bezón: periódico que no aspira a tener circulación*, 11 de setiembre de 1908, N° 83, Lima: Imp. Rifa.....Pág. 16

«ASPECTO DE LA IGLESIA MATRIZ DE CHORRILLOS ANTES DE LA GUERRA CON CHILE. SE APRECIAN LAS FACHADAS DEL HOTEL PEDRO Y OTRO ESTABLECIMIENTO, ASIMISMO UN ASPECTO DE LA PLAZA». Autor desconocido. [Sin año]. Fotografía en b/n, 201 x 142 mm. Fondo Riva-Agüero, Archivo Histórico Riva-Agüero, IRA-PUCP. En <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/9605>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 18

«ASPECTO DE LA IGLESIA MATRIZ DE CHORRILLOS ANTES DE LA GUERRA CON CHILE. SE APRECIAN LAS FACHADAS DEL HOTEL PEDRO Y OTRO ESTABLECIMIENTO, ASIMISMO UN ASPECTO DE LA PLAZA». Autor desconocido. [Sin año]. Fotografía en b/n, 201 x 142 mm. Fondo Riva-Agüero, Archivo Histórico Riva-Agüero, IRA-PUCP. En <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/9605>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 18

«FACHADA DE UN RANCHO EN LA CALLE LIMA DE CHORRILLOS». Autor desconocido. [1876]. Fotografía en b/n, 240 x 174 mm. Fondo Riva-Agüero, Archivo Histórico Riva-Agüero, IRA-PUCP. En <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/9609>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 20

«ESQUINA DE ESPADEROS Y LESCOANO». Autor desconocido. [1878]. Fotografía en b/n, 30 x 24 cm. Archivo Histórico de la Municipalidad Metropolitana de Lima.....Pág. 23

«[FAMILIA BISSET]». Hermanos Courret. [1883]. Negativo sobre placa de vidrio: gelatino bromuro, 13 x 18 cm. Biblioteca Nacional del Perú. En <http://bibliotecadigital.bn.p.gob.pe/portal-bnp-web/#/libro/FOT-11239>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 25

«SOLDADOS PERUANOS DE LA GUERRA CON CHILE EN 1879: SRS. RIBEYRO, BENAVIDES, ROMANO, TUDELA Y OTROS». Autor desconocido. [1879]. Fotografía en b/n, 239 x 179 mm. Fondo Riva-Agüero, Archivo Histórico Riva-Agüero, IRA-PUCP. En <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/9679>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 27

«CENTINELA Y RABONA PERUANA EN LA BAJADA DEL PUENTE BALTA». Autor desconocido. [1889]. Fotografía de un óleo, 18 x 24 cm. Museo Naval del Perú. En <https://patrimoniocumentalnaval.mil.pe/new/colecciones-fotograficas/centinela-y-rabona-peruana-en-la-bajada-del-puente-balta/>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 33

«EL MONITOR HUÁSCAR Y LA ESCUADRA EN LA GUERRA DEL PACÍFICO». Autor desconocido. [Sin año]. Fotografía en sepia, 239 x 179 mm. Fondo Riva-Agüero, Archivo Histórico Riva-Agüero, IRA-PUCP. En <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/9652>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 35

«[RUINAS DE LA CIUDAD DE CHORRILLOS, CON EL MONUMENTO A CRISTÓBAL COLÓN DECAPITADO, BATALLA DE CHORRILLOS, GUERRA DEL PACÍFICO]». Hermanos Courret. [1881]. Fotografía: monocolor, albúmina sobre papel fibra; 25,2 x 19 cm. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/632/w3-article-315713.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 40

«VISTA DE LA FACHADA DE LA CATEDRAL DE LIMA». Autor desconocido. [1895]. Fotografía en sepia, 24 x 18 cm. Archivo Histórico de la Municipalidad Metropolitana de Lima.....Pág. 42

«TERRITORIO OCUPADO EN TARAPACÁ POR EL EJÉRCITO CHILENO, 1879». Alejandro Bertrand. [1879]. Plano. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-86799.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 44

«ADUANA DE ARICA DESPUÉS DE LA CAPTURA DE LA CIUDAD, 1880». Autor desconocido. [1880]. Lámina del Álbum gráfico militar de Chile: campaña del Pacífico: 1879-1884. Santiago: [Editor no identificado], 1909, p. 42. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99785.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 45

«ADUANA DE ARICA DESPUÉS DE LA CAPTURA DE LA CIUDAD, 1880». Autor desconocido. [1880]. Lámina del Álbum gráfico militar de Chile: campaña del Pacífico: 1879-1884. Santiago: [Editor no identificado], 1909, p. 42. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99785.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 45

«IRENE MORALES, CHILENA». Autor desconocido. [1881]. Fotografía, 18 x 24 cm. Museo Naval del Perú. En <https://patrimoniocumentalnaval.mil.pe/new/colecciones-fotograficas/guerra-con-chile-ocupacion-de-lima/>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 47

«**BLOQUEO DEL CALLAO. ALREDEDORES DE LIMA Y CALLAO**». Chalon, Paul Frédéric. [1878-1879]. Mapa impreso por E. Abele, 31 x 45 cm. Bibliothèque nationale de France. En <http://catalogue.bnf.fr/ark:/12148/cb407236323>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 50

«**[PATRICIO LYNCH, RETRATO DE MEDIO CUERPO CON UNIFORME]**». E.Garraud y Cía. [ca. 1870]. Fotografía: monocroma, albúmina, papel fibra, cabinet; 10,2 x 13,5 cm. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/632/w3-article-315874.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 54

«**CAMPAMENTO DE LURÍN, DESFILE DEL EJÉRCITO CHILENO, 1880**». Autor desconocido. [1880]. Lámina del *Álbum gráfico militar de Chile: campaña del Pacífico: 1879-1884*. Santiago: [Editor no identificado], 1909, p. 16. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99779.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 56

«**BATALLA DE CHORRILLOS, 1881**». Autor desconocido. [1881]. Reproducción de fotografía a la albúmina. Biblioteca Nacional de Chile. Disponible en <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99456.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 58

«**BATALLA DE CHORRILLOS, 1881**». Autor desconocido. [1881]. Reproducción de fotografía a la albúmina. Biblioteca Nacional de Chile. Disponible en <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99456.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 58

«**LA DEFENSA DEL TERCER REDUCTO DE MIRAFLORES**». Juan Lepiani. [1894]. Óleo sobre tela, 133 x 239 cm. Museo Andrés Bello. Fotografía: Patricia Altamirano.....Pág. 60

«**[LIMA, SIGLO XIX: RETRATO DE MILITAR DE LA GUERRA DEL PACÍFICO]**». Autor desconocido. [Sin año]. Fotografía: negativo en placa de vidrio. Fondo Riva-Agüero, Archivo Histórico Riva-Agüero, IRA-PUCP. En <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/4868>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 62

«**PERSONAL DE SANIDAD EN LA GUERRA DEL PACÍFICO**». Juan Manuel Anda. [1879]. Fotografía: sepia, 56 x 91 mm. Fondo Riva-Agüero, Archivo Histórico Riva-Agüero, IRA-PUCP. En <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/166678>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 63

«**[CERROS DONDE SE DIVISA FOSA COMÚN TRAS LA BATALLA DE SAN JUAN DE MIRAFLORES, 1881]**». Autor desconocido. [1881]. Fotografía: monocroma, albúmina, papel fibra, 24 X 18 cm. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/632/w3-article-315718.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 65

«**CHORRILLOS DESPUÉS DE LA BATALLA, 1881**». Autor desconocido. [1881]. Lámina del *Álbum gráfico militar de Chile: campaña del Pacífico: 1879-1884*. Santiago: [Editor no identificado], 1909. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99776.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 68

«**[BATALLA DE SAN JUAN Y CHORRILLOS: 13 DE ENERO DE 1881; RUINAS DE LA CIUDAD]**». Autor desconocido. [1881]. Fotografía: monocolor, albúmina sobre papel fibra; 23,4 x 17,7 cm. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/632/w3-article-315714.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 69

«**[BOMBEROS FRANCESES]**». Hermanos Courret. [1881]. Placa de vidrio: b/n, 24 cm. x 18 cm. Biblioteca Nacional del Perú. En <http://bibliotecadigital.bnp.gob.pe/portal-bnp-web/#/libro/FOT-13140>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 76

«**LIMA BAJO LA OCUPACIÓN CHILENA, 1881**». Autor desconocido. [1881]. Lámina del *Álbum gráfico militar de Chile: campaña del Pacífico: 1879-1884*. Santiago: [Editor no identificado], 1909, p. 17. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-98785.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 78

«**LIMA BAJO LA OCUPACIÓN CHILENA, 1881**». Autor desconocido. [1881]. Lámina del *Álbum gráfico militar de Chile: campaña del Pacífico: 1879-1884*. Santiago: [Editor no identificado], 1909, p. 73. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99788.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 80

«**COCK, EDUARDO Y SRA.**». Adolphe Dubreuil. [1883]. Placa de vidrio: b/n; 18 x 24 cm. Biblioteca Nacional del Perú. En <http://bibliotecadigital.bnp.gob.pe/portal-bnp-web/#/libro/FOT-882>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 82

«**LIMA DURANTE LA OCUPACIÓN CHILENA, VISTA DESDE EL CERRO SAN CRISTÓBAL, 1881**». Autor desconocido. [1881]. Lámina del *Álbum gráfico militar de Chile: campaña del Pacífico: 1879-1884*. Santiago: [Editor no identificado], 1909, p. 79. Biblioteca Nacional de Chile. En <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99790.html>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 86

«**CAMPESINO Y PERSONAL DEL EJÉRCITO PERUANO EN LA GUERRA CON CHILE**». Autor desconocido. [1882]. Fotografía de ilustración: sepia, 181 x 240 mm. Fondo Riva-Agüero, Archivo Histórico Riva-Agüero, IRA-PUCP. En <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/9669>. Consultado el 20/1/2021.....Pág. 88



COLECCIÓN MUNILIBROS

Esta colección ofrece publicaciones que promueven el conocimiento y la valoración del patrimonio material e inmaterial de Lima. De esta manera, se busca fortalecer la identidad de todos los ciudadanos. Los libros forman parte de seis series: Prehispánica, Personajes, Historia, Arquitectura, Arte y sociedad, y Fiestas y costumbres.

Los munilibros pretenden crear espacios de culturización que promuevan la lectura y su comprensión entre escolares y ciudadanos en general. Difunden también la labor municipal de recuperación del patrimonio histórico, artístico y documental que posee la Municipalidad de Lima.



Desde un punto de vista historiográfico la ocupación del Perú por parte de Chile, entre 1881 y 1884, ha sido estudiada de forma diferente en ambos países. En el Perú, se colocó como el centro de la guerra la invasión chilena a la ciudad de Lima, mientras que para Chile, finalizaba la intervención militar con la usurpación de las provincias salitreras peruanas. Se tornaba necesario estudiar las distintas fases de la expansión de Chile en Perú, este es otro aporte de *Lima tomada*, cuyo autor a través de una redacción fluida envuelve al lector en los avatares del día a día del conflicto bélico empleando una interesante triangulación espacial: nacional, regional y local, que culminará con la ocupación de la capital.

José Chaupis Torres

